REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII — San José, Costa Rica — 1937 — Sábado 1 de Mayo — Num. 17

Año XVIII — No. 801

SUMARIO

Kant

Por el Dr. ANTONIO CASO

= De *El Universal*. México, D. F., 9-VI-37 — Envío de don *Pío Bolaños* =

Descartes y Kant, las dos figuras mayores de la filosofía moderna.

José Ortega y Gasset

I

Un ritmo singular rige la marcha de la filosofía, esto es del pensamiento independiente. Aparece primero el gran pensador crítico, que resulta maestro y fundador de larga e ilustre tradición filosófica; después, el metafísico genial que organiza en vasta síntesis la concepción metafísica; y, al fin, el gran enciclopedista que, al cosechar los frutos de sus precursores, organiza el saber y efectúa, en su obra, la definición universal del tipo de una cultura.

La filosofía griega anterior a Sócrates fué, quizás, el período predilecto de la creación especulativa. Parménides, Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Empédocles y Anaxágoras crearon las ideas cosmológicas de la humanidad pensadora. Parece que en aquellos días remotos, el genio griego ofrendó a los siglos venideros todas las ideas que después se discutieron y aquilataron con el esfuerzo de las generaciones.

II

Sócrates pulió el espíritu crítico de su raza; ordenó la dialéctica sistemática, y creó la Etica como disciplina independiente de la Religión. Su fina y clásica ironía, su arte supremo de "partero de almas", enseñó los fundamentos de la moral independiente de la voluntad de los dioses. Por esta razón, sin hipérbole, pudo llamarle Aristóteles: "fundador de la ciencia moral"; ¡título insigne entre todos los títulos filosóficos!

Platón es el filósofo del acto ideatorio, el metafísico genial del ciclo socrático: "Lo propio del hombre es comprender lo general, esto es, la unidad racional en la dispersa multiplicidad de la sensación. Pero esto es el recuerdo de lo que nuestra alma vió en su viaje en pos de Dios, cuando, desdeñando lo que se llama impropiamente realidad, eleva su conocimiento a lo que en sí es verdadero. Al ver el hombre la belleza sobre la tierra (dice el filósofo en el Fedro), recuerda la Belleza verdadera, toma alas y arde en deseo de volar hacia ella".



Acaso deba reservarse a Platón el dictado de la inteligencia más profunda de la evolución del pensamiento. Su obra es una de las piedras angulares de la civilización occidental. Campeón del paganismo filosófico y precursor del Cristianismo; "Padre de los Padres de la Iglesia".

III

Después del gran crítico (Sócrates); del gran inventor metafísico (Platón), surge el enciclopedista Aristóteles. El funde las ideas platónicas con la vida y la experiencia. El mundo de Platón era divino. El Estagirita le conservó su augusta divinidad, pero lo acercó a la tierra. La *Idea* se volvió *Forma* y sólo por abstracción pudo separarse de la *Materia*. La enciclopedia aristotélica resumió la enseñanza de Grecia. En lo sucesivo, estoicos, epicúreos y escépticos se repartirán la herencia inmortal, como los tenientes de Alejandro su efímero imperio.

IV

En los tiempos modernos, se repite el ritmo de la filosofía antigua. Descartes es el primer filósofo moderno. Invirtió los términos de la certidumbre humana. Hizo del Yo el origen de la filosofía: "Dubito, ergo cogito, ergo sum". Francia — decía Hegel a Cousin — hizo bastante por la filosofía al darle a Descartes. Nunca antes había sido vencido el escepticismo. El pensamiento griego terminó afirmando sus tópicos. Según Descartes, la duda afirma algo por encima de toda dubitación. Hoy mismo, el punto de arranque de la fenomenología es el "Ego cogitans" cartesiano; y Husserl llama a su propio sistema "un neo-cartesianismo".

Después del gran pensador crítico, los grandes metafísicos independientes, Spinoza y Malebranche. Son los filósofos platónicos del ciclo cartesiano.

El santo Benito Spinoza, amador intelectual de Dios, es la honra del mundo moderno .El panteísmo sistemático de la "Etica demostrada a la manera de los geómetras" es todavía, hoy, uno de los puntos limítrofes de la especulación. ¡Parménides redivivo en el siglo XVII de la Era Cristiana!...

Leibnitz representa la reivindicación de la individualidad espiritual frente a la vasta síntesis del racionalismo panteísta y cartesiano. Su obra inicia todas las ideas psicológicas y metafísicas contemporáneas: la evolución, el inconsciente, la idealidad del tiempo y el espacio... Es el Aristóteles, el enciclopedista del ciclo cartesiano.

V

Y, cuando otro gran rectificador de la inteligencia acertó a aparecer en el siglo XVIII, su *Crítica de la Razón Pura* volvió a repetir la posición cartesiana, ahondándola, modificándola, fortaleciéndola. En la evolución de las ideas existen, en nuestra opinión, tres fundadores serenos y abnegados: Sócrates, Descartes y Kant. Son los tres momentos del desarrollo de una idea inmortal, a saber, que la verdadera certidumbre, el asiento positivo de la ciencia h u m a n a, no puede venir de fuera a la conciencia sino que se tiene que extraer de las profundidades de nuestro ser moral. Ya lo dijo el oráculo délfico: "Conócete a tí mismo". Las palabras del oráculo de Apolo engendraron en el curso de los siglos tres estrellas fijas de

la mente: la griega, es decir Sócrates; la francesa, esto es Descartes, y la alemana, bajo cuya luz inmediata vivimos: Kant.

VI

¿Por qué es grande Kant? Porque, a las tres cuestiones fundamentales que planteó la inteligencia y que constituyen la filosofía, dió una respuesta original. ¿Qué es el conocimiento?—inquiría la curiosidad humana—y Kant repuso: "un juicio sintético a priori". Conocer es sintetizar las formas de la razón con la materia que proporciona la experiencia. Los juicios que ensanchan el saber y lo perfeccionan son aquellos en que el predicado no está ya implícito en el sujeto. Sin embargo, se formulan para lo que todavía no acaece, con tanta certidumbre como si se estuviera ante los hechos por venir. La ciencia entera es una síntesis, de conocimientos, de juicios sintéticos a priori.

¿Qué es la belleza?, preguntaba también la filosofía; y Kant, fundador de la Estética, respondió: una "finalidad sin fin", un desinterés necesario y universal. La diferencia que media entre lo útil, lo bueno y lo bello, estriba en que lo útil y lo bueno se desean por el bien que causan, en tanto que las cosas hermosas se buscan por sí mismas. Lo bello es desinteresado; significa un reposo en el afán del deseo. ¡Tan bello es el celaje sutil que no podríamos alcanzar, como la onda leve que besa la playa y muere a nuestros pies! El ánimo cesa de querer y ambicionar cuando el ojo o el oído ven por mirar y oyen por oír.

La filosofía se propuso, asimismo, otra interrogación, la más difícil y temerosa de todas: ¿Qué es el deber? Y Kant enseña: un imperativo categórico, esto es, un mandamiento no condicional, sino absoluto: el solo mandamiento absoluto. Es, por tanto, el único imperativo categórico. Pero el deber postula la libertad. Sólo para seres libres tiene sentido. La voluntad es autónoma al obrar el bien; heterónoma al obrar el mal. Como tenemos que ser buenos, somos libres. Dios es el reino de los fines morales que impone el deber.

VII

En su *Crítica del Juicio*, dice Kant: tres atributos distinguen al filosófo: "pensar por sí mismo, enterándose de lo que piensan los demás, sin incurrir en contradicción". Lo primero es propio de espíritus originales y libres. Kant fué un espíritu libre y original. Lo segundo coresponde a los espíritus amplios. Kant fué un espíritu de insigne amplitud. Lo tercero es obra de los espíritus congruentes. ¡Pocos hombres han pensado con más congruencia que el autor de la *Crítica de la Razón Pura*! Además, la hipótesis cosmogónica que concibió matemáticamente Laplace, lleva hoy, justamente, un nombre doblemente glorioso: Kant-Laplace. ¿Podrá hacerse elogio mayor de un filósofo?....

A mis amigos de América

= De *Nuestra España*. París, 9 de marzo de 1937 =

Recibo cada día solicitudes y cartas amistosas que me dicen: deponga usted su actitud, no hable de España, no contribuya a exasperar los ánimos, no se embarque usted en partidismos, usted tiene una alta misión de poeta que cumplir, etc. etc... Quiero responder de una vez por todas que, al situarme en la guerra civil al lado del pueblo español, lo he hecho en la conciencia de que el porvenir del espíritu y de la cultura de nuestra raza dependen directamente del resultado de esta lucha. Supongamos por un momento que los bestiales elementos militares llegaran a triunfar en España, supongamos que Franco, von Faupel y Conti implantaran su régimen de traición e invasión, no nos detengamos en las consecuencias morales y materiales de una catástrofe semejante, pensemos un momento en lo que sobreviviría del nielecto. No olvidemos que después del asesinato de Federico García Lorca, en la plaza de Granada se hizo una hoguera y se quemaron miles de ejemplares del Romancero Gitano *y todos los papeles inéditos del poeta.*

El asesinato y el incendio presiden el programa del militarismo fascista español, inspirado en el pavoroso régimen alemán. Los maestros de Galicia han sido casi enteramente exterminados: la caza de maestros de primera enseñanza era un deporte diario de los falangistas gallegos. Estoy convencido de que una ola de persecuciones jamás vistas en la historia del mundo, terminaría con todo lo vital y creativo de España. A sangre y fuego terminarían con todo.

Al lado de ellos, haciendo el mismo papel de los militares felones, veríamos a la hez literalizante de España, los novelistas pornógrafos, y algunos traidores profesionales como Marañón, hacer alguna apariencia de actividad intelectual. Pero los verdaderos, el conjunto de investigadores, maestros, bibliotecarios, ensayistas, novelistas, poetas, pintores, escultores, grabadores, estaría muerto o desterrado. La barbarie y la muerte reinarían en España.

Pero no pasarán. Y los rifleros del pueblo al defender su vida defienden las bibliotecas y los museos, y nos defienden a nosotros, escritores de lengua española. Al defender sus ciudades defienden el intelecto de nuestra raza madre. Y yo estoy con ese espíritu indestructible, con el corazón épico y valeroso de España irreductible, con el mismo corazón del pueblo que hizo brotar los primeros torrentes de poesía, ahora bases pétreas de nuestro idioma. Estoy y estaré con el pueblo español masacrado por el bandidaje y el celestinaje internacional. Y a todos mis múltiples amigos de América Latina quiero decir: no me sentiría digno de vivir si así no fuera.

PABLO NERUDA

Ya estaban en A C

Y las gentes, dadas a repetir cuantas vulgaridades oyen, suelen proclamar sin examen que trabaja mucho la Academia Francesa y que trabaja poco la Academia Española: creencia fundada doblemente en nuestra genial pereza y en la genial actividad de nuestros vecinos. Pero estos cuerpos colectivos y honoríficos pecan allende y aquende el Pirineo, tras los mares y tras las fronteras, en la trabajadora Inglaterra y en la contemplativa Asia, de poco emprendedores y audaces, bien hallados en su inmortal serenidad y en su olímpica inercia. Contábame una noche del año 75 Víctor Hugo, a los postres de sus sabrosas y amenas comidas, que asistió al bautizo del nuevo Diccionario de la lengua ideado por su Academia, y al nombramiento de la comisión encargada de estudiarlo y proponerlo a sus demás cofrades, comisión por cierto bastante retribuida y honrada. Definióse con mucho énfasis y solemnidad la letra A, principio de los alfabetos, y definida esta letra no volvió a saber el poeta gran cosa de la Academia. Emprenderíase tal trabajo allá por el año 40, y su asistencia primero a la Cámara de los Pares, su elección luego para las Asambleas de la República, su combate a muerte con el príncipe presidente, su protesta al golpe de Estado, su emigración de veinte años durante el Imperio, su vuelta en los días nefastas del sitio, las tristezas de la rota nacional y los horrores de la comunidad revolucionaria impidiéronle sucesivamente asistir a sus sede augusta de inmortal, ni ocuparse, por ende, en los trabajos del Diccionario. Mas pocas noches antes de aquella comida, deseoso en su amistad hacia Julio Simón de darle su voto, personóse en la Academia con ánimo de recordar sus derechos, aunque nadie, ni el cenáculo literario ni fuera del cenáculo literario, pudiese olvidar su nombre y sus títulos. Y maquinalmente, por decir algo, por hacer algo en el embarazo natural que le causaba el recuerdo de tantos colegas muertos y la presencia de tantos otros nuevos, preguntó por los trabajos del Diccionario a cuyos comienzos asistiera y cooperara una noche, allá en su juventud, contribuyendo a definir la letra A. Y te dijeron que ya estaban en A. C., de suerte que calculando el tiempo por venir, según el tiempo ya pasado, el Diccionario se acabará cuando por una ley natural se haya acabado ya la lengua frnacesa y costará poco más o menos el triple o cuadruple que ha costado la indemnización de la última guerra: historieta que refiero, no para promover, para excusar nuestros aplazamientos y nuestras largas.

(La refiere *Emilio Castelar* en su libro *Anales políticos*. Madrid).

De Arsenio se escribe que estando ya para morir, comenzó a temer. Y como sus discípulos le dijesen:—Padre, ¿y tú agora temes?, respondió:—Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él.

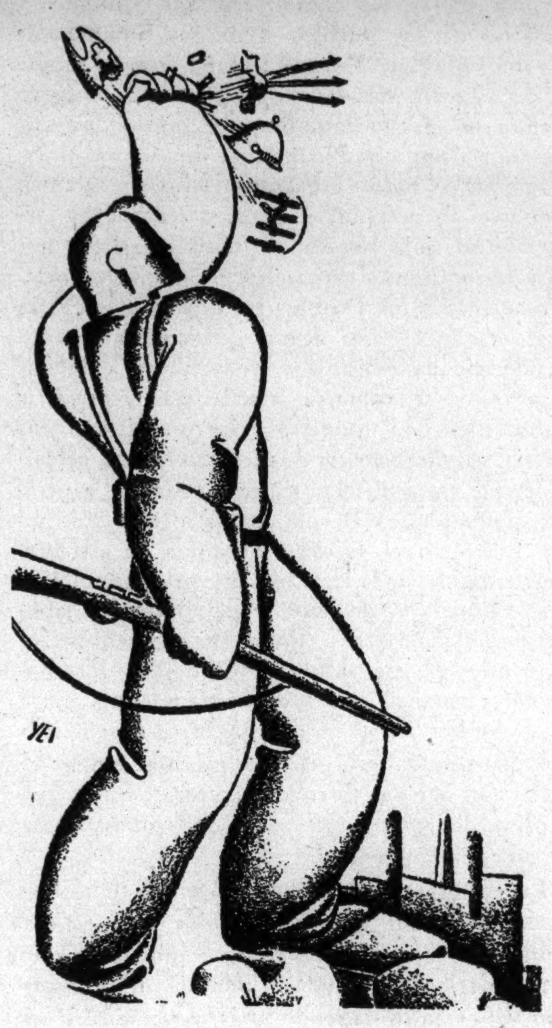
(La cuenta Fray Luis de Granada en el tomo XIV de sus *Obras*. Madrid, 1906).

Pueblo español

Por EMMANUEL THOMPSON

= Envío del autor, San José, Costa Rica, abril de 1937 =

Dos tendencias se han definido siempre en el mundo: la de los que están con el Pueblo, y la de los que están contra el Pueblo. En las últimas décadas estas tendencias parecen aun haberse destacado con mayor fuerza, y un ejemplo palmario se nos ofrece en España. Con efecto: al estallar la inaudita e irrazonable sublevación de las fuerzas armadas contra el Derecho representado en la República y en el Pueblo hemos visto,—el mundo entero ha visto—, a las mismas oligarquías reaccionarias de todos los tiempos librar en España, y fuera de España, una campaña de calumnias y de escarnio contra el ideal republicano, recurriendo a las más burdas maniobras, a los más indignos recursos, tratando de presentar a la nueva España como al ludibrio de los Pueblos. Así hemos visto últimamente publicado a grandes títulos en la prensa nacional un manifiesto del sublevado general Franco en que acumula todo el detritus de su mala voluntad contra la joven República. Pudo el militar haber señalado los errores cometidos por los dirigentes republicanos, que los ha habido, y tal vez el mayor de ellos fuera su clemencia y benignidad contra los que maquinaban en la sombra la infame traición, pero no se explica cómo el flamante líder de los llamados "nacionalistas" habiendo servido a la República pueda atacar a esta misma República en la forma inmisericorde que lo hace. Si la voz del militar rebelado se dirigiera contra los desaciertos perpetrados por algunos demócratas de la República, nosotros lo escucharíamos hasta con respeto y trataríamos de corregir aquellas equivocaciones que él apuntara. Pero el general Franco, fiel a la práctica anti-democrática de los militares metidos en la política indebidamente, no puede ni quiere discutir con razones serenas, sino que tiene que acusar a todo un Régimen de las inevitables equivocaciones de lo humano. Es decir, la República es culpable y se responsabiliza con los actos de algunos republicanos. No hemos llegado tan lejos nosotros, consecuentes con nuestro credo liberal y generoso de demócratas. Combatimos a la monarquía franca y decididamente, señalando sus errores y sobre todo, su fatal decadencia en los tiempos que trascurren, agravada por todas aquellas vergonzosas dictaduras militares, que hoy, siguiendo las huellas de Franco, elogia en París el doctor Marañón. Aún más: también nos referimos, con datos, números y razones a la calidad, condición y proceder de los monárquicos y de sus políticos, siempre desconectados de la realidad popular hispánica, pero al hacerlo así procedíamos virilmente y con una hidalguía por lo visto desconocida de los militares sublevados: desde un comienzo manifestamos y sostuvimos nuestro credo republicano como el sistema más de acuerdo con la idiosincracia hispánica, y nos declaramos antagónicos a la monarquía, como republicanos que hemos sido, pero, no como enemigos enconados de la monarquía que tuvo su razón de ser en España, y que en épocas pretéritas, obedeció a un impulso difundido en los pueblos de la tierra con sólidos motivos. He aquí por qué la República se caracteriza y se distingue sobre la realeza por su generosidad y su comprensión. La amplitud señala todo lo republicano, mientras la estrechez sigue los pasos de los reyes y los dictadores militares españoles. Cuando un gran político pidió la autonomía para Cuba, precisamente para que España la retuviera siempre junto a sí, se le escarneció como a un traidor y a mal español. Pertenecía al grupo que la Junta de Burgos señala como la "anti-España". De la misma manera, cuando las Cortes de la Segunda República concedieron la autonomía a la Región Catalana, los herederos de Primo de Rivera, —quien llegó hasta prohibir puerilmente el baile de la sardana,— vociferaron, y acumularon su confabulación contra el decreto generoso y humano. Consecuente con su genio liberal, la República comprendió que haciendo dueña de sus destinos a Cataluña la ganaba perdurablemente para España, y lo hizo así. Cataluña empezó entonces, y sólo entonces a ser española. Si solamente los hombres del primer bienio hubieran logrado incorporar a la españolidad a los viejos provenzales de la Península, merecerían bien de la humanidad. Empero, para los hombres del pasado, reencarnados en un presente eterno, el milagro tenía que saber a aborto infernal. Nuevamente se habló de España y de la anti-España. Y ahora, que la República concede oportunamente la autonomía a las provincias Vascas, ¿no se desborda el odio de los que siempre hablan de unidad y han mantenido a España desunida



De *Ayuda*. Madrid.

entre sí, hostil e inconforme, y olvidaron a la América que también lleva su sangre, habla en la misma sonora lengua y late en el mismo cálido espíritu?

¡Ah, es porque nosotros, los republicanos de España y de América, pertenecemos a la anti-España! No somos, ni por reflejo, españoles. Y se observa el extraordinario caso, que ha hecho vibrar de indignación al Dean de Cantorbery, de que los salvadores de la Fe, encabezados por un Estado Mayor de Obispos y Clérigos, sitien y bombardeen a las Católicas Provincias Vascas, y, singularmente, cuando no pueden tomarlas como hombres, procuren su rendición por el hambre de mujeres, de ancianos y de niños, a los que, previamente, someten a un edificante bombardeo ante la aquiescencia y simpatía de los salvadores de la Fe y de la indigna actitud del Gabinete de Londres que en su cinismo inhumano proclama que es necesaria la rendición de Bilbao para que se pacte la paz en España! Siempre el arma vedada y estrecha del monarquismo confundido con una casta que jamás entendió el verdadero sentir cristiano, aliado al egoísmo y tartufismo extranjeros, de monarquías vacilantes o de despotismos refinados en su crueldad y en su torpeza!! Y qué grande se ofrece entonces el Pueblo Español ante la contemplación de un mundo cobarde, azotado despiadadamente por el ventisco de un materialismo y de una indiferencia enanos! Cuando todo se confabula para desmoronar el sólido edificio republicano, vemos al pueblo acudir presta y decididamente en su ayuda. Pocas páginas habrá en la Humanidad, al hacerse la historia de los pueblos, más bellas y, mayormente, más impregnadas de viril grandeza, que la gesta de este pueblo que escribe con su propia sangre la defensa de sus instituciones, y cimenta sobre su cuerpo gloriosamente herido la bandera sagrada de la Libertad! Aquella epopeya legendaria de la Reconquista, con su sabor caballeresco, no será nunca igual a la de un pueblo, abandonado, y hasta engañado por sus dirigentes, y amenazado por sus mismos custodios, que se yergue heroico y generoso en defensa de su República, y de la Civilización Humana, amenazadas por las hordas de las camisas negras y las cimitarras moriscas en contubernio sorprendente con las cruces de los piadosos sublevados que, mientras farisaicamente entonan Salves a la Virgen Santa, dejan caer explosivos sobre las ciudades ocupadas por el elemento civil, ajeno a los horrores de la guerra, que rapan el cabello a las viudas de los republicanos, ultimados por los fascistas y las obligan a asistir a la Misa, donde se rememora la vida de quien murió por todos los hombres y dirigió su mirada, velada ya por las sombras infinitas de la muerte y del dolor, a las mujeres que bañaban con sus lágrimas sus ensangrentados pies!

He aquí el por qué el pueblo republicano español ya no cree en nada. Y por desgracia, ni en Dios, que nada tiene que ver con las abominaciones de estos piadosos cruzados, en rebelión con el Gobierno legítimo. Y nosotros con profunda angustia tendremos que guardar silencio ante las severas acusaciones que de todas partes se lanzan contra las piadosas

Derechas españolas. Porque el Pueblo tiene motivos en malquerer una Religión que se puso incondicionalmente al servicio de los poderosos, y se trocó en arma política para abatir y enterrar las aspiraciones legítimas del conglomerado social. Y que acompaña y legitima una traición absurda, y que encuentra natural y razonable la ayuda mercenaria de los nuevos bárbaros fascistas y nacistas, de portugueses, (—siempre enconados de su pequeñez ante la grandeza de España—), de moros y, —quién lo creyera,— hasta de negros abisinios! Ante un cuadro semejante todo ánimo en que se agite un soplo de humanismo cristiano, —aquél que inspiró el Derecho Natural y de Gentes— tiene que levantarse una tempestad cálida de indignación! Que España arregle sus asuntos, pero que no vengan esas legiones enviadas por espectaculares *gansteres* políticos del *mundo* a imponer su influencia nefasta de aves de rapiña en una tierra que tiene un cálido sabor de libertad y de humanidad. Empero, los anquilosados, que siempre nos han motejado de anti-españoles y que nos colocaron en el exilio de su desprecio, encuentran patriótico asentarse sobre una montaña de cadáveres, cuando sobre ella se levanta un trono recamado de piedras preciosas que sostienen los verdugos de otros pueblos. Ved—ah, qué admirable panorama,— la España, la grande España que han soñado siempre los que nos acusaron y levantaron su voz en contra de los republicanos para calificarnos de anti-españoles. Pues bien, señores: si verdaderamente consideráis que pertenecemos a otra España, a una España menos piadosa y no tan unitaria, aunque más humana y más cristiana, aceptamos el mote que nos dáis de anti-españoles. No podemos, ciertamente, —nos causa espanto,— pertenecer a esa España que levanta hogueras para acallar la libertad y que sueña con convertir a sus ideales a los hombres, con la acerada punta de la bayoneta del sublevado y del extranjero codicioso. Nosotros tenemos un concepto distinto de las cosas: pensamos que las rebeliones son casi siempre inconvenientes, y que para decidir en los asuntos de la Patria huelga y sobra la voz serena de la razón, que no hiere ni maltrata, porque pegar no es convencer. Porque sabemos que las sublevaciones en una democracia son semillero de odios y de trastornos difíciles de restañar, y porque, por lo general, no consiguen lo que se propusieron a través de la violencia, sino es la liquidación y castigo de los mismos que desencadenaron la rebelión. Y porque, ansiosos de contemplar la órbita luminosa de la Justicia, sabemos que, para asomarnos a ella, es mejor aproximarse y mirarla y no volverle la espalda y despedazarnos.

Con todo, si se nos provoca, y un triunfo electoral del todo legítimo y bien ganado, se nos arrebata, también sabemos defenderlo, y no toleramos, porque en nuestra sangre española hay sangre de león, que se nos arrebate con la ayuda de los cuervos. La España Republicana ha probado ser magnánima y amplísima con sus enemigos: ha abierto su manto y ha cobijado hasta sus lejanos hijos en las tierras tropicales de la América. Porque para la República no hubo, ni habrá jamás, españoles ni anti-españoles. Todos, todos sin distinción, son hijos de una misma y ubérrima madre. Sólo que ésta después de languidecer en la monarquía, se fortifica ahora en la república, y no está con humor para volver a un estado comatoso de dictadura, ni aceptaría un despotismo fascista, porque al español no le cuadra, ni la camisa roja, ni la camisa negra. España es un pueblo que se basta a sí mismo, y que en sus entrañas lleva ya palpitante su propia y nueva forma de gobierno, más justa y más bella que ninguna de su historia, y que ha de ser como faro que alumbre el camino de los pueblos y de los hombres de buena voluntad. Porque España, con la sangre y la victoria de sus milicianos está construyendo un nuevo mundo, y el resplandor que levanta llega hasta América, donde ya observábamos a todos los despotismos en germen agitarse y prepararse para desencadenar su esclavitud si la República fracasara. ¡Pero no! Así es como esa Justicia Eterna que rige misteriosamente a los Pueblos ha permitido que las legiones de camisas negras que ensangrentaron a la olvidada Abisinia, y masacraran a débiles negros, y se tomaron cruelísimas represalias sobre ellos por oponerse a la conquista de su patria, así también esa Justicia Eterna ha permitido que estas mismas legiones, con ese general Bergonzoli que las comandaba y que afrentado buscó en el suicidio olvido a su derrota, sufrieran la más terrible y viril arremetida que Europa, desde hace luengo tiempo, había visto. Guadalajara y Pozo Blanco señalan el principio de ese ocaso del fascismo internacional. España, como ante Napoleón, repite el gesto bravío, y es tan bravo y tan macho ese gesto que hasta en los mismos españoles que están con las falanges invasoras, hubo una sonrisa de complacencia que no pudo evitar el espadón sublevado.

La victoria comienza ya a asomar en el horizonte. Es un débil resplandor que refleja como un lejano tinte rojo, como la sangre brava de los milicianos. Todos lo observamos con el corazón latiendo más acelerado. Pasó ya aquel tiempo sombrío en que el humilde pueblo, con su falta de técnica, su desorganización, su natural temor al ejército y al invasor, su indisciplina, sus antagonismos políticos y su falta de cohesión ofrecía un blanco fácil al contricante. Yo recuerdo que en ese tiempo me ocurría dar ánimos a algunos amigos que parecían creer posible nuestra derrota. Y debo decir en esta ocasión y siempre, en todo momento, en todo lugar y en todo concepto, he esperado serenamente en nuestra victoria. Y digo nuestra, porque el triunfo de las armas republicanas, será el triunfo del mundo civilizado, de la verdadera España que no tiene ni derecha ni izquierda, sino un gran corazón y un alma hasta el infinito, y que escribió con su mano morena y ardiente las más bellas y gloriosas páginas de la Humanidad y he esperado confiadamente en esta nuestra victoria porque, a despecho del fanatismo y de la calumnia, que ha pretendido mancillar nuestra causa, sé que nos asiste una grande justicia, que nuestra defensa se asienta en las bases de la razón, y que si cometimos errores, si fuimos culpables muchas veces, y otras veces también nos cegó la incomprensión y la dureza, ahora, con la sangre derramada en los campos de batalla, nuestra causa se ha purificado y se ofrece ante los ojos asombrados de la Humanidad, como la justicia y la verdad, hechas reales por el valor y la grandeza de un pueblo.

Terribles y horrendos cuadros se han presentado ante nuestra vista en este conflicto, consecuencia lógica de un torrente desbordado, que arrastra en su fuerza, por igual lo útil como lo innecesario. Así también la absurda rebelión ha desbordado el cauce a las humanas pasiones. Como en las guerras de nuestra Independencia en que el español general Boves enviaba a Bolívar sangrantes cajas repletas de orejas cortadas a los patriotas con monstruosa crueldad, de la misma manera el ideal republicano se ha agitado como una llama purificadora vacilantemente entre encontradas corrientes. Los primeros instantes fueron espantables: los que no tenían el alma sólida del viejo republicano: aquellos en los que jamás brilló convincentemente la luz de la justicia y temieron las consecuencias de la negación y del desorden, huyeron y aún atacaron nuestro ideal, presentándolo como un fantasma sombrío todo vestido de rojo, con una tea incendiaria en la diestra, y una bolsa henchida de rapiña en el cinto. La ignorancia y la mala fe nos presentó ante la imaginación espantada de los impresionables y de los que de todo se asustan, como a aquellos ogros, que hicieron la delicia de nuestra infancia y que cocinaban en grandes cacerolas los pulgarcitos que les caían a la mano. Se recurrió a la ya aburridora y absurda consigna de señalarnos como a comunistas, por más que los comunistas son una minoría insignificante en España, y se nos llamó apóstatas a los que sustentamos, para el dolor y el desengaño de la vida, el consuelo de una fé cristiana sólidamente robustecida.

Nosotros guardamos, ante los ataques reiterados, silencio; empero continuamos manteniendo nuestra decisión a favor de la causa del Pueblo, porque sabíamos, y comprendíamos que el Tiempo, maestro admirable, se encargaría de limpiar las telarañas al espejo en que se mira por todo hombre la verdad. Tenemos que decir ya, con satisfacción grande y saturada de regocijo para nuestra causa, que la impresión que felizmente priva hoy en Costa Rica no es la misma de

otrora. Lentamente al comienzo, y ahora, en los últimos meses con mayor frecuencia, se han acercado a nosotros numerosos personas a expresarnos su simpatía y admiración por la causa que heroicamente defienden los milicianos. Y estas personas, con viril honradez, nos han manifestado también su desengaño de la rebelión, y sobre todo, su protesta por los procedimientos puestos en práctica por los fascistas para imponer su despotismo en España. Tales son los resultados admirables logrados después de una sostenida campaña de propaganda para desvirtuar esa nueva leyenda negra que los facciosos y las agencias fascistas habían regado por el mundo. Sin embargo, si bien puede mucho la propaganda, en honor a la verdad, pienso que lo que más ha cambiado la opinión pública en Costa Rica, en el Mundo entero, ha sido la hermosísima y bizarra epopeya de los milicianos en los campos de batalla. Qué comparación puede, en efecto, establecerse entre esa defensa extraordinaria de Madrid y nuestros modestísimos recursos de tribuna y de prensa? Cómo podría equipararse la más bella página republicana escrita al esfuerzo del miliciano que arrolla en Guadalajara y en Pozo Blanco y resiste altanero en Madrid y en Bilbao? Todo, sí todo, lo que hagamos no es nada frente a ese beso conque el miliciano se despide de su amada, o de su madre o de su hijito y esa postrera mirada conque mira la trinchera y después el Cielo, cuando se abate en defensa de su Patria y de su República. Qué puede hacer más conmovedor que ese cuadro que nos ofrecen los milicianos, —con la nieve hasta la rodilla, cerca de un pueblecito,— que esperan en la oscuridad de la noche para tomarlo. Pero, de pronto, uno de ellos dice:—No queremos pasarla en la nieve, con este frío. Camaradas: Hay que dormir bajo techo. Sus compañeros miran en la lejanía los resplandores de las casitas que invitan a un tibio descanso. Se consultan entre sí, y luego, todos a una, al ataque! El pueblecito está ya en sus manos. Ya pueden dormir bajo techado, pero allá, confundidos con la blancura de la nieve, descansan otros milicianos, que parecen sonreír ante la victoria cuando la luz de una estrella besa su rostro generoso y leal.

O, diremos que es perverso un pueblo que representa aspectos así: llegan unos milicianos a un lugarejo castellano. Allí se destaca la mole venerable de un Convento. Los milicianos lo invaden. Está desierto. Sus moradores han juzgado cuerdo ausentarse. No hay nadie, pero.., sí, allá, en el fondo, emerge una capucha. Es la de un fraile gordo y apacible que se aproxima. En su tez se dibuja un vago temor. Sabe que en el pueblo hay odio contra todo lo religioso. Los humildes fueron olvidados por los señores eclesiásticos poderosos. El, con toda certeza, fué amigo del pueblo; pero, ¿cómo puede probarlo en estos momentos? Seguramente los rojos lo asesinarán cruelmente. Un miliciano con la bayoneta ensangrentada y el rostro ennegrecido encárase al fraile. —¿Sois del convento?, pregunta. —Del convento soy,— responde el monje.—¿Donde están tus compañeros?—Todos se han marchado. —¿Por qué no te fuiste tú? Esta es mi casa, y como ya soy viejo, me fatiga salir de ella. Además, —agrega el buen fraile, con atrevimiento, no tengo nada que temer del pueblo, pues del pueblo soy...—En este caso, y por haber confiado en nosotros, quedad en paz,—responde el miliciano. Nada os habrá de suceder.

Siempre recuerdo que en mis viajes ferrocarrileros por la Península cuando era la hora de la comida, el pasajero español que estaba frente de mí, al dar comienzo a su comida, invariablemnete me brindaba su comida. Entre otras cosas, membrillo y cigarrillo, que él mismo libaba, era su ofrecimiento. Viajé mucho por Inglaterra y Francia, y jamás ningún pasajero me ofreció, siquiera por cortesía, de su comida. Tal el pueblo español; ese pueblo admirable, que ahora, con viril entusiasmo, defiende lo que es suyo, lo que con absurdos sofismas se le niega. Yo tengo que amar a este pueblo; y me negaré a admitir ese fondo bajo y felón conque se le presenta. Pueblo generoso, desinteresado, franco, de recia masculinidad, hidalgo y profundamente humano. Hundido en la miseria, engañado siempre, por las clases poderosas y dirigentes, es un pueblo que a pesar de su bondad natural se ha ido amargando, y lo que es peor, envenenando, por doctrinas cautivadoras que se ofrecen a su imaginación como salvadoras. Comprendemos que es difícil y tarea ardua devolverle la confianza perdida y lograr su retorno a un estado normal y moderado, en que brille una mayor justicia social, sin violencia, sin crueldad y de comprensión mutua. Confiamos, no obstante, plenamente, que la República, pasada esta terrible contienda, logre ese milagro y devuelva al gran pueblo la paz y el progreso. En un informe publicado por el Dean de Cantorbery que preside una comisión de clérigos protestantes y católicos que han visitado la España republicana, se expresa elogiosamente de la labor realizada por el Gobierno de la República. Dice que las iglesias permanecen cerradas en toda la zona controlada por la República, debido al malestar que existe en el Pueblo contra todo lo religioso. Sólo en las Provincias Vascongadas, fieles también al Gobierno republicano, las iglesias celebran sus oficios religiosos, constantementemente amenazados por los bombardeos de los salvadores de la Fe, que allí han destruido multitud de templos y asesinado numerosos sacerdotes y religiosos fieles al Gobierno Legítimo. Y advierte el Dean de Cantorbery en su imparcial Informe que el Gobierno hace esfuerzos por volver el pueblo a la iglesia. Juzgue, pues, el hombre honrado de todo esto, y lo que no se dice en el papel, compréndalo. El divorcio del pueblo con la religión; y las terribles circunstancias de la guerra civil tienen su origen en el abandono en que se tuvo al pueblo, en la explotación que se efectuó a su costa, y —esto ha sido peor—, en valerse de las clases dominantes, capitalistas y monárquicas de esta religión para pretexto de todas sus crueldades. He explicado en diversas ocasiones que España era un país de condiciones feudales, con un gobierno republicano y un anhelo popular de mejoramiento y de justicia. La guerra tenía que sobrevenir con cualquier pretexto. Aunque hubiera sido mejor que no ocurriera tal, la rebelión de los militares no ha sido más que la chispa que ha encendido y provocado la explosión. Pero en el viento que soplaba sobre la austera meseta castellana se olía ya a pólvora. La revolución, a pesar de todas las inyecciones de los déspotas fascistas, no puede triunfar, porque no es posible erigir ruinas sobre las murallas sólidas de un edificio nuevo, que tiene bases tan hondas, como que se levantan sobre la tierra purificada por el dolor y el heroísmo de una raza, de un pueblo, de una República. Y creo profundamente que la victoria republicana es buena para el Mundo, para España, y para el cristianismo. Si los rebeldes vencieran en su traición, volveríamos a contemplar a los obispos repletos de joyas paseándose muellemente por las alamedas floridas en que transcurre triste y abatido el paria hambriento; los templos se abrirían de nuevo, al amparo de las bayonetas, y los periódicos hablarían continuamente contra el peligro y los horrores de las doctrinas disociadoras. Pero, para los obispos habría el odio del pueblo; los templos permanecerían desiertos, y los periódicos tardíamente sostenidos por el clero, no tendrían lectores. Entonces, y si estallara una nueva revolución; esta vez, nacida en el seno del pueblo, la tragedia de España sería inmensa, y sin duda, es seguro, sí sería implantado un Soviet Español, que ahora, a pesar de todo lo que se diga no encuentra eco en la España republicana.

Los hombres que vieron más allá del egoísmo propugnaron en España por una revolución de arriba para abajo. Nadie les hizo caso. Se les escarneció y abandonó. Igual que en todas partes. Ahora la revolución viene de abajo para arriba. Hay una pequeña diferencia. desde luego. Pero los señoritingos que en

España, como en todas partes, comieron opíparamente mientras Lázaro pedía un mendrugo, están servidos. La ira de Dios se ha desatado, y sólo nos queda a los que en El creemos seguir ese camino, un poco áspero y doloroso que se abre a nuestro paso, pero que conduce hacia la justicia. Repito una vez más: estoy con el Pueblo Español, con ese Gran Pueblo: por Humanidad, por Cristianismo, y por amor a la Justicia!

TIRANIAS A LA SOMBRA DE LAS LEYES

Existía una ley de lesa majestad *contra los que cometían algún atentado contra el pueblo romano. Tiberio se apoderó de esta ley y la aplicó, no a los casos para los que fué establecida, sino a todo lo que pudo servir a satisfacer su odio o a templar su desconfianza. No sólo las acciones caían bajo el dominio de esta ley, sino las palabras, los signos y hasta los pensamientos, porque lo que se dice en esas expansiones del corazón, que origina la conversación entre dos amigos, no pueden considerarse más que como pensamientos. Ya no hubo libertad en los festines, confianza en los parientes, fidelidad en los esclavos; al comunicarse a todos el disimulo y la tristeza del príncipe, considerόse la amistad escollo, la ingenuidad imprudencia, la virtud afectación, que podía recordar en el ánimo de los pueblos la felicidad de los tiempos anteriores.*

No hay tiranía más cruel que la que se ejerce a la sombra de las leyes y con apariencias de justicia; cuando, por decirlo así, se ahoga a los desgraciados en la misma tabla en que se habían salvado.

Y como nunca ha ocurrido que a un tirano le falten instrumentos para su tiranía, Tiberio encontró siempre jueces prontos a condenar a todos los que se le ocurriera. El Senado, que desde el tiempo de la república, no juzgaba los asuntos particulares en corporación, intervenía, por delegación del pueblo, en los crímenes que se imputaban a los aliados. Tiberio le confió también el juicio de todo lo que se llamaba delito de lesa majestad *contra él. El Senado cayó en una vileza imposible de explicar: los senadores iban al encuentro de la esclavitud; para obtener el favor de Sejano, los más ilustres de entre ellos ejercían el oficio de delatores.*

(De *Montesquieu*, en su libro *Grandeza y decadencia de los romanos*. Espasa-Calpe. Madrid. 1920).

COJA Y LEA

Pío Baroja: *La estrella del Capitán Chimista*. Novela. . . . . ₡ 3.50
Lion Fenchtwanger: *La duquesa fea*. Novela . . . . ₡ 3.50
A. Austregesilo: *Consejos prácticos a los nerviosos* . . . . ₡ 3.00
Andre Gide: *Regreso de la U. R. S. S.* . . . . ₡ 2.00
Enrique José Verona: *Estudios y Conferencias* . . . . ₡ 5.00
Adam Scharrer: *Gentes sin patria*. Novela . . . . ₡ 3.50
Cuentos de autores norteamericanos: (Mark Twain, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, etc.) . . . . . ₡ 4.00
Con el Adr. del *Rep. Am.* Calcule el dólar a ₡ 5.

"Salvajes bolcheviques"

= *Envío del autor*. Cuenca, Ecuador. Marzo 24 de 1937 =

Vosotros, "comunistas bastardos" que hicisteis estallar a cenites las parcelas incultas;
vosotros, "haraganes" que sudáis dando casas al obrero y confort al campesino;
¡vosotros, "asesinos" que matásteis a los padrecitos zares que adoraban a su pueblo,
que en 19 siglos de mando no pudieron realizar lo que vosotros en 19 años;
vosotros, "autócratas" que gobernáis vuestra patria con el derecho absoluto de la muchedumbre,
y que enaltecéis la dignidad del hombre, la igualdad social y libertaria;
vosotros "asquerosos revolucionarios" que perseguís la Democracia Socialista
a que los pueblos tengan pan, luz, frente alta y corazón alegre;
vosotros "ateos" "cuyo ancestro viene de un morbo criminal y perdulario",
(esto lo dijo Ratti en su Encíclica reciente)
que atentáis contra la tranquilidad del acucioso capitalista, honrado y bienhechor,
que intentáis que el pueblo se insubordine contra sus amos y benefactores;
vosotros, "armamentistas" que os cercáis de bayonetas y de aviones
a que las pobrecitas naciones de la Europa fascista tengan trabajo en digeriros;
vosotros, "sinvergüenzas analfabetos" que disteis educación brillante a los mujiks,
y editáis millonadas de libros en todos los dialectos de la Tierra;
vosotros, que no dejáis que el benemérito Fascismo unifique a su camisa
las taras ilustres de un tiempo glorioso del pasado:
a los feudalistas, a la nobleza, al lujoso clero y el militarismo de casa grande...
vosotros, "miserables osos de Moskovia" que no permitís a la crema y flor de los fascismos
su labor de disociación, su uña destructora, su privilegio en la masa explotada
para que le rindan provecho a mantener sus títulos y sus arcas proveedoras de vicios;
"salvajes bolcheviques" que estáis manteniendo progreso encadenado a vuestro suelo...
oíd! oídlo atentamente, porque me duele la garganta y hasta mi pensamiento,
no puedo continuar este verso irónico y de transcripciones farsantes
porque, ni siquiera en broma, es dable atentar contra lo que constituye nuestra sangre,
contra lo que es nuestro espíritu, contra lo que fluye dentro de nuestra misma carne.
Comunistas, puño enarbolado de confianza optimista os ofrezco sincero,
desde las crestas de los Andes, por encima de los mares, muy junto a las estrellas;
puño que está levantado desde ha tiempo tal cabeza de cóndor oteando latitudes.
Comunistas, fijasteis en vuestra bandera una estrella de 5 puntas ignicentes;
y acaso esa misma estrella alumbró la nacencia de Jesús allá en Belén...
Cristo, bolcheviques, nació en un pesebre, sin pompas ni fanfarrias,
proclamó sus palabras: "amaos los unos a los otros",
"ganaréis el pan con el sudor de vuestras frentes";
idénticos vuestros postulados; igualdad social, sistema de ayuda comunitaria,
el que no trabaja no come... proletarios de todos los países, uníos!
Compañeros, no hacéis sino practicar las enseñanzas de Jesús el revolucionario .
Por eso os condenan los hipócritas escribas y os repudian los prelados de púrpuras;
por eso os escupe la canalla bancaria, los mandones de pueblos maniatados.
Es que les duele que vosotros estéis dando nueva orientación a la Vida y al mundo;
que estéis despertando la conciencia amodorrada de las muchedumbres sumisas ;
dando conciencia a los trabajadores, rumbo de honor a los días de los jornaleros,
aurora perenne para iluminar la tiniebla del obrero cegado de ignominia.
Y todo aquello, compañeros, tuvo que ser implantado a fuerza de balas y coraje;
con tesón de músculos rajados de vibrancias y entrecejos resueltos a vencer.
La falacia de los "cristianos" impidió establecerse la Doctrina de Jesús;
necesitaban que los obreros continuasen doblegados a su yugo,
exprimidos por su vileza insaciable devoradora de vidas y doncellas;
mal comidos, peor vestidos, pero siempre comulgados, con detentes y con indulgencias,
con toda esa basura que servía de freno a cualquier impulso libertario,
porque si no obedecían a los curas, si se rebelaban contra sus patrones
ahí estaban los calderos del infierno, y negada totalmente la opción al santo cielo;

dominaba la traición, el engaño, la subordinación del pueblo al mito de la patria...
exactamente lo que hacen en Nazilandia y en Italia bachiche,
reductos vergonzosos de crímenes, de chantages políticos y de eunuquismos.
Oh—comunistas— os nombran con los viles vocablos con que empecé este poema,
os denigran, os pisotean, os empujan, os molestan en vuestro territorio
por temor a vosotros, a la conciencia libre de los pueblos de la tierra.
Os quieren aniquilar para restaurar el derecho de pernada, el feudo, la esclavitud,
la ignorancia entronizada como función de los estados,
como base de gobierno perdurable y terrorista,
porque estos regímenes fascistas requieren de tinieblas, negras o parduscas,
para poder continuar sus extorsiones, para abolir la manteca en las cocinas,
para dosificar la luz en las ciudades, para medir el pan a los ancianos,
para crear industrias de cañones, de columnas motorizadas, de tropas de asalto,
de máscaras contra gases, de cuchillos agresivos blandidos diestramente
contra la Civilización y el Humanismo.
Vosotros, compañeros, defendéis la Democracia allá en España,
en la España de nosotros, la que saca la cara por el Proletariado del Orbe;
defendéis el derecho de gentes, la autoridad a gobernarse con cualquier sistema;
el privilegio de hacer de un suelo, solar de clérigos rufianes y tahures,
tierra de concordia y de trabajo, ciudad de conciencia y armonía;
defendéis que el Fascio arrebate vidas de niños y mujeres,
que ellos las cercenan porque saben que las generaciones venideras serán más generosas,
más emproradas hacia un cenit fraterno de amparo colectivo;
necesitan la podre de los adultos acaudalados: asaltantes de su geografía,
verdugos de obreros, degolladores de albedríos, chupa-sangres incolmados,
para sobre esas roñas elevar sus camisas de uniformados de barbarie;
sacrifican a los niños para que no queden testigos de la carnicería
finiquitada sobre padres, hermanos, abuelos, sobre gente crecida en libertad,
a que así ellos no puedan juzgarles un mañana, escribiendo a fuego y a rencores
la historia sucia de boches y bachiches criminando un suelo y una raza.
Vosotros, comunistas, lucháis junto a la Brigada Internacional de España,
donde también existen alemanes de honor e italianos de corazones cristalinos.
Vosotros, los que os dicen salvajes, estáis aventurando el futuro de la URSS,
porque los fascismos, por odio, se volverán contra vosotros a anularos.
No importa, comunistas, el mundo está en marcha hacia su liberación!
Todos os ayudaremos, seremos más firmemente vuestros,
ya que la redención es común, como la lágrima y los puños,
y hasta dentro de nuestras sangres corren aluviones de banderas rojas
que cubrirán la Tierra a oleadas de conquista y de Justicia.

C. Humberto Mata

El calvario trágico de un pueblo entre Málaga y Almería

= De *Nuestra España*. París, marzo 9 de 1937 =

Don Juan García Oliver, Ministro de Justicia, uno de los tres ministros delegados por el Gobierno para hacer el informe sobre la situación en Almería, presentó el informe siguiente:

La evacuación de Málaga comenzó en el momento en que la población civil tuvo noticias de la mala situación en los frentes. Pero nadie creía que el éxodo voluntario alcanzaría las proporciones de un cataclismo humano, sin igual hasta hoy en la historia europea.

Un inmenso temblor sacudió bruscamente a la ciudad. Como si se hubiesen vuelto locos, los 100,000 habitantes y los varios millares de refugiados procedentes de los sitios donde la barbarie fascista había dejado sus huellas sangrientas, se amontonaban en las calles lanzando gritos de horror, de terror y de odio. Por todas partes se escuchaban las maldiciones nacidas de la rabia y la locura que se habían apoderado de aquellos infelices. "Los fascistas, gritaban, vienen los fascistas!".

El deseo de todos era ganar la carretera de Almería y llegar a una tierra libre del fascismo. Ese deseo se convirtió en sangrienta realidad. La carretera que ellos imaginaban el camino de la libertad, se convirtió en un camino bombardeado por los barcos del fascismo español y por los barcos de guerra alemanes e italianos. La aviación dejaba caer sus bombas en masa, ametrallando a esta muchedumbre desgraciada.

Entonces comenzó una carrera de locura. Los fugitivos comenzaron por abandonar los pobres objetos que a toda prisa recogieran en sus casas. Los cadáveres se amontonaban en la carretera. En medio de un ruido atronador, bajo los obuses y las bombas, jadeante, con los pies heridos, un rebaño sangriento avanzaba, perdida ya toda característica humana. El pánico provocó una locura colectiva de heroísmo individual. Muchos que no podían dar un paso más, mataban a sus hijos para que no cayesen en poder del fascismo, y se precipitaban luego bajo las ruedas de los coches y los camiones. Otros se destrozaban a mordidas los brazos y terminaban por dispararse un tiro en la cabeza. Niños extraviados corrían llorando hasta que caían al suelo donde sucumbían aplastados por la multitud.

Y así hasta Motril, 112 kilómetros de carretera, agotados, sin comer ni beber, perseguidos por la vanguardia de los tanques y los carros de asalto fascista que los segaban en plena carretera.

Pero Motril no significó el reposo para nadie. La masa gritaba y lloraba. Muchos yacían en el suelo, inanimados, presos ya por la desesperación. Y de nuevo se escuchó el grito enloquecedor: "Vienen los fascistas". No hay torturas en el infierno comparables a los tormentos de esta masa, a quien el horror del fascismo hizo huir nuevamente por las carreteras.

La primera etapa fué la del terror. La segunda la de la amargura. Las gentes no pudiendo ya correr, se arrastraban, dejando en el suelo las huellas sangrientas de sus pies y sus rodillas. Los padres olvidan a sus hijos, los maridos a sus mujeres. Cada uno huye como puede, movido por un instinto más fuerte que los lazos familiares: huír del fascismo! . . . . . .

Los fugitivos llegan a Almería, pequeña ciudad pobre que no sabe qué hacer, que no tiene qué ofrecer a esta masa que crece y a quien ella no puede albergar. Los refugiados van y vienen por las calles, errando al azar: visión sombría, asiática más que europea, espectáculo profundamente inhumano! Bajo tal invasión, Almería no tiene camas, alimentos, pan, ropas que ofrecer.

La multitud soporta resignada la maldición que pesa sobre ella, no se queja de nada, ni siquiera del hecho que no puede ser socorrida tan rápidamente como se quisiera. Durante la noche no puede darse un paso sin tropezarse con las gentes que duermen en las calles. Después del terror, la miseria. Una población laboriosa y digna ha sido convertida en una masa de vagabundos por la abominable furia fascista. Pero nadie se arrepiente de haber salido de Málaga para no rendirse al fascismo. Todos están dispuestos a morir antes que caer en manos del fascismo. Fuertes ante todas las adversidades, frente a todas la luchas, nos sentimos débiles ante estos hermanos tan horriblemente maltratados y una ternura inmensa desborda nuestro corazón.

Cuando la guerra haya terminado; después de la hora de nuestra victoria indiscutible, los antifascistas del mundo entero vendrán a recorrer a pie los 220 kilómetros de esta carretera de Málaga a Almaría, donde un pueblo enloquecido por el terror fascista vivió las horas más horribles para la paz, la libertad y el antifascismo en Europa.

Noticia literaria

Nómada.—Por Alma Fiori.—Ediciones del *Repertorio Americano.*—San José de Costa Rica.

Nunca le sabremos agradecer bastante a ese insuperable don Joaquín García Monge la espléndida labor que él viene realizando, desde hace tantos años, en América. Ya con el Repertorio *tendríamos sufiente para rendir en su honor, las mejores jornadas del aplauso público; pero él no se queda ahí. Sino que rinde, además, otras tareas para servirle al acervo literario de América. Esta edición de* Nómada,—*poemas de Alma Fiori—lo demuestra. De ese libro vamos a hablar ahora, aunque brevemente. En otra oportunidad, hablaremos largamente de don Joaquín, como él lo merece. La poesía de Alma Fiori es esencialmente amorosa. No al modo de la de Juana de Ibarbourou—la Juana de los primeros tiempos—no al modo de Alfonsina Storni, ni al modo de Delmira Agustini, sino al modo de Alma Fiori. Como se trata, sin duda, de una obra primeriza, hay que aplaudir en ella su admirable desenfado lírico, aún cuando, como en el poema titulado* Burgués—*pagina 64 del libro—ese desenfado recuerda demasiado a Santos Chocano.*

M. N. L.

(De *Orto.* Manzanillo, Cuba, febrero de 1937.)

Kessel o la bondad

Por RAFAEL ALTAMIRA

= De *La Nación*. Buenos Aires, 4 de abril de 1937 =

En estos días finales del invierno, obscuros y lluviosos, que hacen imposible salir al campo y muy molesto deambular por las calles, los libros son el único recurso para evitar el hastío de las horas ociosas. A condición de que no se prolongue demasiado la encerrona entre cuatro paredes, días así me son agradables, porque en ellos puedo cultivar ampliamente mi vicio espiritual más íntimo: el de la literatura. A ellos debo el poder mantenerme al tanto de las novedades, y durante ellos puedo abarcar, de una vez, la obra entera de un autor célebre, antiguo o moderno.

Esta vez le ha tocado el turno a Kessel, novelista peligroso, porque una vez que se ha leído alguno de sus grandes libros, se siente invencible apetito de leer todos los demás. Pertenece Kessel al grupo de los escritores modernos que han introducido en la literatura novelesca y, a veces, en el teatro, la visión dramática de la vida actual, expresada sin eufimismos y con un vigor plástico y una profundidad psicológica que hieren al lector como le heriría la observación misma de las cosas, pero que, a la vez, lo encadena a seguir el martirio. Abandonando (aunque no siempre) el campo manido y cada vez más encanallado del conflicto sexual, extraen su nuevo dramatismo de los horrores de la guerra y las revoluciones: de los sufrimientos propios del mar, los desiertos de arena y los de hielo; de los heroísmos y las amistades desinteresadas que crean el peligro común y el noble cumplimiento del deber, de la desesperación y el espanto que produce el dolor físico, el de los hospitales de sangre y los sanatorios donde se muere lentamente y sabiéndolo. No creo que nunca haya llegado la literatura, antes de ahora, a vibrar tan intensamente con el espectáculo y el análisis de esas grandes miserias humanas, las del alma y las del cuerpo; porque si es verdad que el teatro griego, Shakespeare y, a veces, nuestros dramaturgos clásicos llegaron a las expresiones más altas a que el arte puede llegar en ese orden, el campo de experiencia de todos ellos fué más moral que físico y se ejerció sobre las pasiones y sentimientos generales de la vida humana, los que son de todos los pueblos y de todos los siglos, mientras que la literatura actual ha buscado sus modelos (tal vez sería más exacto decir que "se le han impuesto") en el campo del dolor físico y en la particularidad de nuestra vida presente, henchida de problemas y situaciones de que no supo la humanidad pretérita o que nunca llamaron la atención del arte literario.



Joseph Kessel

Con ser esta que acabo de decir una nota interesante de la originalidad de muchos literatos modernos, no es la más interesante de todas. Le supera la de la conclusión, a que casi todos llegan; explícitamente unos, y otros mediante la impresión de conjunto que causan en los lectores. Esa conclusión es el enaltecimiento de las mismas grandes virtudes humanas que los relatos constitutivos de sus respectivas creaciones artísticas muestran como atropelladas y escarnecidas de hecho. Y eso es, precisamente, lo que más me impresiona en las novelas de Kessel, como en algunas de Jack London.

La brutalidad de las escenas rusas relatadas por Kessel; la dureza de la lucha inútil contra la muerte, y la sublevación moral que esto produce en muchos enfermos, hasta llegar al suicidio lento por desesperación; los excesos morbosos del egoísmo y de la violencia a que conduce en la vida social y en el forcejeo económico de nuestros días, y otros temas análogos, causan en el lector un primer movimiento de desesperanza respecto del presente y del futuro de la humanidad. Pero ese movimiento lo desvirtúa bien pronto el hecho de que, entre esas ruinas del espíritu humano, a cuya sombra lo único en que se piensa es en la catástrofe final que nos sepultará a todos, entre oleadas de sangre, escombros de ciudades y maldiciones desgarradoras, luce de pronto el brillo suave de la bondad, que creímos por un momento desterrada del mundo.

Tal es el resultado final a que se llega, repito, con la lectura de muchas obras de Kessel. Cito, a título de ejemplos, el terrible episodio de *Le caveau número* 7; el final de la amarga tragedia que se titula *La poupée*; la piadosa mentira de *La Croix*; la visión humana con que termina *Naky*, y los capítulos últimos de *Les captifs*. Me detengo en el análisis de esta última novela, en que el contraste entre la dureza de su conjunto y el resultado a que conduce es más vivo, quizá, que en los otros casos.

Como recordarán bien todos los que la hayan leído, su escena es un sanatorio de tuberculosos, y su propósito técnico parece ser la descripción dinámica, es decir por medio de actos, de un carácter fríamente dominador y egoísta: el de Marcos Oetilé. Tal vez el libro fué escrito para mostrar (o demostrar) que la tragedia de la muerte, cuando se la contempla cara a cara, posee tal fuerza sobre nuestro espíritu que llega, sobre todo cuando se nos presenta en la forma pavorosa del miedo a perder la vida y la protesta airada contra su supuesta injusticia, a quebrantar las almas más secas. Y, sin embargo, la figura principal del libro, la que se apodera de vosotros y destaca sobre todas las demás no es Marcos, sino la infeliz niña desamaparada. Micaela, que apenas si pasa como una sombra, muy luego desvanecida, en el desfile de los enfermos que llena 218 de las 251 páginas del libro. Ante esa humilde figura de adolescente, víctima de todas las miserias que pueden afligir a un niño, inclusive la de su timidez, las otras figuras del libro pierden su respectiva importancia y el lector las olvida de pronto, borrándolas de su horizonte espiritual.

Considero probable que el autor mismo no se propuso ese efecto artístico; y, sin embargo, es el mejor de su libro. Este es un hecho que se produce a menudo en las obras literarias, particularmente en las novelas. Críticos muy finos de percepción lo han notado en el Quijote con referencia a Sancho Panza, de quien Cervantes vió, al comienzo, una imagen distinta de aquella que más tarde fué abriendo, ante su penetración cada vez más honda del fondo humano de su cuadro, la obscura complejidad de una alma campesina. Sea esto exacto o no, las apariencias parecen acreditarlo; y lo mismo pasa con respecto a Micaela y su drama. Nos hallamos, pues, en el caso, que todos los escritores conocen por experiencia de un elemento artístico en el que no se ha pensado al principio, por lo menos, como de primer plano, y que aparece en el proceso de la creación como un hallazgo hijo de la tensión cerebral adquirida, más fuerte que la voluntad humana, o como consecuencia lógica irresistible, a que se ve arrastrado el autor. En todo caso, y en esta novela, *Los cautivos*, es un acierto admirable, y su fuerza humana y artística tiene el valor de convertir en simple ambiente y fondo de realce todo lo que antes pasó por la escena.

La misma conversión de Marcos, desde su duro egoísmo a la bondad compasiva, queda en segundo término. A decir verdad, se resiste uno a creer que ese cambio pueda ser real, es decir, que corresponda a una posibilidad psicológica comprobada.

Creeríase más bien la expresión de un anhelo del autor, que busca su realización en el personaje; pero lo juzgo poco verosímil. Un egoísta de la envergadura con que se nos pinta a Marcos en todo lo anterior de su conducta, difícilmente se modifica de modo tan profundo. Caracteres así pueden

(Concluye en la última página).

Un poeta americano
Gilberto González y Contreras

Por CECILIO S. SARRET

= *Envío del autor.* La Habana, 1937 =

La más simple observación de los fenómenos ambientes enseña a nuestra experiencia que todo hecho humano, cualesquiera que sea su índole o trascendencia, va siempre acompañado, en lo íntimo de su propia naturaleza, de dos factores primordiales: el factor psicológico y el factor histórico.

En primero instituye los valores intrínsecos del hecho y el influjo del mismo en los derroteros mentales de su época, así como su ascendiente, más o menos directo, en el pensamiento de la posteridad.

El segundo tiene una filiación postural en el espacio y en el tiempo.

Ambos factores, el psicológico y el histórico, se anudan en el hecho, imprimiéndole al mismo, caracteres cromáticos que lo sustraen a toda contaminación extraña o ajena a su propia individualidad.

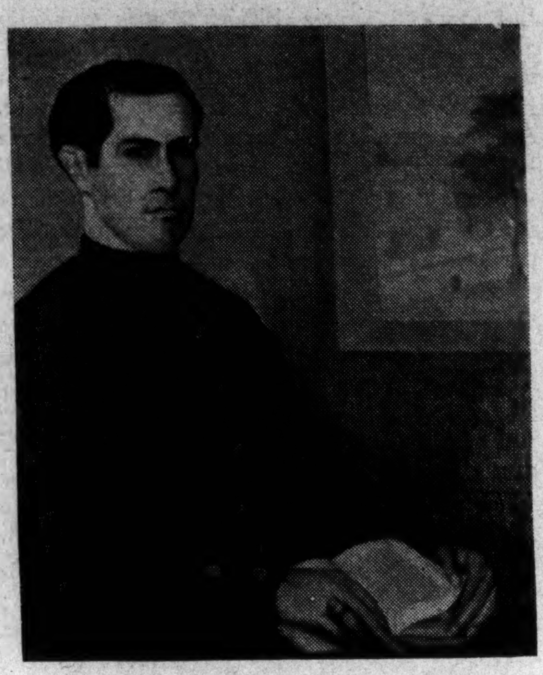
Estos hechos, bases de toda cultura, raíces de toda civilización, una vez colmadas las apetencias que motivaron su actualidad, se extinguen o se trasmutan en nuevas filiaciones o matices cuya intención autónoma le confiere original fisonomía.

Matices o filiaciones que justifican una vez más, en su largo complejo evolutivo, las perennes mutaciones de todo lo vital, ya se trate, en el orden moral, de un sistema filosófico, de una doctrina social, de una concepción teológica o de una escuela literaria; o ya, en el orden material, se refiere a la mecánica de los trompos planetarios, a la floculación de las micelas en las soluciones coloidales, o al pedazo de hierro que parece inerte, pero que sin embargo se oxida al responder con un movimiento intrínseco de dinámica molecular a la acción del aire en cuyo seno vive.

Y es que todo hecho prolongado, por razón del perenne dinamismo inherente a su propia naturaleza, sufre a la larga la fatiga de su propio esfuerzo, y en tal razón, desaparece o se transforma.

Así el Feudalismo, organización social y política de la Edad Media, le cederá el paso a la Revolución Francesa cuyos postulados, después de un complejo de transformaciones que culminan en el capitalismo, en el maquinismo y el imperialismo, le cederá el puesto—ya se lo va cediendo—a nuevas formas totalitarias, las cuales a su vez, luego de escanciado el empeño romántico que las anima (el mismo que otrora animara a las anteriores), le dará beligerancia a nuevas doctrinas emancipadoras en razón de ese espejismo, tanto más bello cuanto más irrealizable, que siempre ha empujado al hombre por la senda policromada de una supuesta felicidad.

En el orden filosófico vemos como se crean, se barajan, se destruyen y se transforman los sistemas, obedeciendo al imperativo que las responsabilidades históricas imponen al pensamiento humano. El estoicismo que predica Zenón en los pórticos de Atenas dará ocasión al panteísmo místico de Malebranche; el idealismo de Aristóteles será arrastrado por Kant al escepticismo; el sensualismo de Epicuro sufrirá sugestivas transformaciones en manos de Locke y de Condillac, y el espiritualismo de Platón, —ese gran poeta de la Filosofía—, encontrará su



Gilberto González y Contreras

Oleo de *José Segura Esquerro.*

más bella resonancia en *Las Confesiones* de San Agustín, a la vez que será el germen remoto de las concepciones taumatúrgicas de León Hipólito Denizar.

Sistemas fundamentales del humano pensar, de donde se desprende toda ulterior filosofía, desde el Positivismo con que cierra Comte el triple aspecto moral, filosófico y literario, que Benedetto Croce asigna al Romanticismo, hasta las sorprendentes especulaciones de ese espíritu complejo y extrañamente pesimista que se nombra Oswald Spengler, acaso el primer pensador de estos tiempos.

Los factores psicológicos e históricos a que me he referido, son más perceptibles en la literatura, a causa del gran papel que juega la imaginación en este aspecto de la actividad intelectual.

La gran inestabiliad de los procesos imaginativos, los hace sobradamente aptos para todo desdoblamiento, sea cual fuere su índole y carácter. Obediente a todo imperativo psicológico, la literatura y, dentro de ésta, la poesía, toma aspecto peculiar en cada época, al poner de relieve los intereses espirituales de la misma, o al avizorar el advenimiento de nuevas realizaciones inherentes al perenne devenir histórico. Es tan intensa la mutabilidad de las artes literarias, debido a las anteriores razones, que podemos inferir que la poesía, no ha sido más que un eterno proceso, una perenne transicionalidad. Las escuelas literarias no han sido más que estadios,—y a veces ni eso—, creados por los críticos, en la mayor parte de los casos, para justificar en el orden de las ideas, el instinto gregario de la especie. Podrían ser comparadas a ciertos remansos en que las aguas parecen estancadas, pero que en realidad lo que hacen es correr con mayor lentitud.

Y es el factor psicológico el que interviene directamente en la estructuración de estos procesos, tiñéndolos continuamente de nuevos matices, concordantes con el alma de la época en que viven.

La vida, por razón de las grandes transformaciones materiales y espirituales, de todo orden, cuyo advenimiento caracteriza nuestro tiempo, se ha hecho más rápida, más sintética, más indisciplinada, más inestable, y en tal razón, todo lo que dentro de ella alienta, tiene que sufrir,—sufre inevitablemente—el influjo directo de tal preponderancia. Mas, no quiere esto decir, que anteriormente lo estable fuera atributo de lo viviente, sino que hoy, por razones extraordinariamente complejas, la motilidad ha exacerbado sus recursos dinámicos, poniéndolos al servicio de esta hora responsable.

Las tendencias literarias, en su carácter de unidades colectivas de fácil desintegración, han sufrido siempre, en primer término, el influjo innovador de las tendencias políticas, sociales y económicas de todos los tiempos, a la vez que sus elementos dispersos, a veces han vuelto a reintegrarse, en arquitectura y orientación distintas, para interpretar el espíritu de los fenómenos a que debieron su disolución.

El mundo no es, en los momentos actuales, más que un gran conflicto de intereses, manejado en lo alto de las especulaciones mercantiles y diplomáticas, por cuatro o cinco naciones, que se han confabulado para abatir la civilización. De ahí la agonía y la decrepitud prematura de los más ennoblecedores atributos del espíritu humano. De ahí el fantasma de la guerra alimentado constantemente por los grandes financieros, que se enriquecen a expensas de la odiosa propaganda. De ahí la ausencia de toda filosofía que no sancione la vergüenza de tales procedimientos, y la agonía de toda escuela literaria que no se trasmute en grupos demagógicos, y por ende, representativos de tales momentos históricos.

Larga digresión, en verdad, antes de afrontar esta *Piedra India,* libro de poemas con que Gilberto González y Contreras, pone un "temblor" romántico en nuestras inquietudes. La honda crisis que hoy confronta la literatura universal, fluctuante—como quieren muchos—entre Freud y Marx, esto es, entre lo sexual y lo social, o como pensamos nosotros, (sin desechar en lo absoluto el aporte anterior), entre el humorismo — Bernard Shaw — y el realismo — Sinclair Lewis—; crisis constructiva para unos, destructiva para otros, pero crisis abierta, aguda, donde el absurdo campea y lo feo se embellece por decreto; con mucho de cinismo y de tramoya, y otro tanto de fraude y de impudor, no podía dejar de tener su repercusión en Nuestra América, de alma todavía primitiva, y por tanto, incubadora de curiosidades infantiles. Este arte retórico que la post-guerra echó sobre nuestra cultura,—no tan nueva como parece—, sin lejanías audaces, sin emoción humana, de apariencia infantil a fuerza de decadente, de cómoda factura, a causa de que el talento no juega allí papel alguno, no ha podido enraizar en nuestras tierras. Eso sí, la curiosidad y el snobismo, le han dado beligerancia, principalmente entre cierta tropilla de

poetas que con los remoquetes de *Puros, Deshumanizados, absolutos,* etc., han querido disfrazar su incapacidad para acometer una obra seria.

Cierto es que el juego es gracioso, pero lo *gracioso* es factor intrascendente, y carece de corporeidad para involucrar responsabilidades de carácter global. El juego es una postura del espíritu, no una afirmación responsable. En estos poetas, la ausencia de valor artístico, es suplida por la solvencia de responsabilidades históricas, ya que han sabido incorporarse—por incapacidad o por lo que fuere—a la gran vaciedad de estos tiempos, podridos de decadencia. Espíritus sedientos de actualidad han buscado el réclame a expensas de lo gracioso, y el engendro bárbaro ha salido a flote como cosa muy nueva, olvidando que Marinetti, su precursor, teorizante y patriotero, ya lo había catalogado con el sugestivo título de Futurismo, hace cerca de treinta años.

Exprimiendo bien estos resabios, concretamos que no es la poesía, ciertamente, la que está en crisis, sino el talento creador; hay crisis artística porque hay crisis de capacidades. La inteligencia está en precario, el talento en bancarrota. Por eso somos *graciosos*, por incapacidad para enseriarnos con los grandes problemas, de todo orden, que no encuentran resolución, por depender su destino, de una generación vencida.

No procuramos *ser*, sino *parecer*. La actualidad, que promete mucho, y que en definitiva nada cumple, nos saca de quicio. El gran incremento de la prensa y la no menor preponderancia del cine—ambos campeones de lo efímero—, acaso sean los verdaderos responsables de esta visible decadencia de nuestra cultura. Buscamos el aplauso de las plebes—la sudorosa o la perfumada—, y nos sentimos halagados, no solo en nuestra vanidad de comediantes, sino hasta en el "talento" que nos confiere su sanción analfabeta. Con estos materiales nos vamos haciendo de supuestas "personalidades", con las que traicionamos la realidad, y ponemos en ridículo nuestros nobles empeños de cultura. Cuando se viven tales momentos psicológicos, cualquiera arribismo adquiere filos de acontecimiento.

G. González y Contreras no es un poeta *gracioso*. Hay mucha responsabilidad en su estro, y mucha solvencia de recursos intuitivos en su imaginación, para que este poeta, sincero, apasionado y ágil, lime sus garras en barro de superficie.

Con excepción de Jorge Mañach y de Juan Juan Marinello, — cuya labor enjuicio en mi libro: *Cuba y sus poetas*, es González y Contreras, entre nosotros y en los últimos tiempos, uno de los más entusiastas animadores de la nueva estética. De la nueva estética que se traduce por la objetividad de la imagen, por el luminismo de la metáfora, por el empeño intuitivo de la concepción, y por la factura mecánica, de corte revolucionario, que presta elasticidad al verso, y abre perpectivas a la emoción de lo formal.

Hemos tenido, —tenemos— críticos de tertulia y teorizantes de cenáculo, y sobre todo, conferencistas—la conferencia, como la erudición, es buen pasto para simular el talento—. Con ese cascajo hemos creado, repito, algunas reputaciones ,y nos hemos ido haciendo de una cultura de calcomanía, que resultaría ridícula si en el fondo no fuera trágica.

La obra literaria de G. González y Contreras, orientadora y constructiva, es fructífera para nuestra cultura. Casi toda ella, responde a ese carácter dualista, que según la exégesis del momento, estructura el complejo de la poética actual. Lo social y lo sexual, he ahí la base heroica, donde quiere fincar sus valores toda la estética contemporánea. González y Contreras cae de ese lado, más que por conciencia histórica, más que por adaptación psicológica a la época en que vive, por determinismo temperamental y por imperativos ancestrales. El autor es indio. Alienta, pues, en él, toda la carga instintiva —suntuaria y sexual—que da peculiar fisonomía a todas las razas que no traspusieron definitivamente las lindes de la barbarie. Ese arrastre temperamental se traduce en la obra de González y Contreras, por la exaltación de lo genésico —*Rojo en Azul*—, y por ese amor a la naturaleza, discretamente supersticioso, que alienta en los poemas nativistas de *Piedra India*.

Lo que sí tiene alta vivencia actual en la obra de este poeta, es el ansia redentora que ennoblece sus fermentos poemáticos, la gran sed de liberación que atormenta a su poesía, y el afán continuamente renovado, de sus vuelos imaginativos, donde brota la metáfora con fulgor de meteoro, y la intención se afila con entusiasmos de escalpelo. Lo otro: lo sexual, lo terrígeno, es de actualidad en la ejecutoria lírica del poeta, sólo por coincidencia.

La inquietud política a que responde *Piedra India*, entraña una actitud definitiva en la obra de este artista, empeñado en la tarea de marcarle rumbos de liberación al pensamiento americano. Mucho se ha especulado sobre la necesidad de una literatura autónoma, de una poética nativa, que responda no sólo a nuestra psicología, ni a las genuinas bellezas que ennoblecen el vasto escenario en que nos movemos, sino también al dolor interminable de nuestro campesinaje, a la incertidumbre de nuestra civilidad maltrecha, y a las taumaturgias internacionales que emponzoñan nuestro determinismo histórico.

Poco se ha hecho en este sentido. Estamos muy empeñados en lo europeo, muy atentos a las modas de Lutecia, para darnos cuenta de que la tierra se nos va bajo los pies. Existiendo toda una humanidad expoliada y hambrienta en nuestros países, estamos atareados en *deshumanizarnos*, sólo para hacerle el juego a la bohemia de Montparnasse. Hijos de una América triste que clama por su total liberación política, social, económica y literaria, nos hacemos femeninamente *graciosos*, mientras el campesino se muere de hambre, mientras nos ahogan los empréstitos, y nuestra industria forestal y minera es absorbida por los filibusteros de las finanzas.

¡Generación menguada esta generación nuestra, hundida en el oprobio de una indolencia suicida y de una frivolidad desesperante!

Gilberto González y Contreras en *Piedra India*, y principalmente en *Trinchera*, pone una nota de esperanza sobre estos infortunios.

Su esfuerzo acaso pase inadvertido para la interpretación de estos tiempos envenenados de personalismos actualistas, pero la Historia recogerá sus valores definitivamente; valores que han de quedar como una nota de digna valentía, de vergüenza social y de arte nuevo—en calidad y en visión futura——frente a la insolvencia de un conglomerado *gracioso* a fuerza de inútil.

Poemas

de GILBERTO GONZALEZ CONTRERAS

= Selección y envío de Cecilio S. Sarret. La Habana, 1937 =

MI PUEBLO

A. Salarrué.

Pueblo: quisiera cantarte
no con esta voz sangrienta y opaca
sino con el aliento primitivo
de selvas que cantan con voz perfumada.
En tu ambiente los días se alargan.
El cielo cae rígido
sobre la recatada
quietud de los terrenos;
y el sol muerde la costra
blancuzca de las casas.

Un beaterío unánime en tus hogares,
y una rebosada
crítica en las doncellas
que no acaban
de parecerse a las figuras
de una acuarela mala.

Médicos que aún esperan milagros de la Virgen.
Licenciados en finas picardías aldeanas,
y agricultores que se odian
por cuestiones políticas
sin ninguna importancia.

Jardines donde el tedio se encabrita y domina;
calles que se entrecruzan de puntillas y abrazan
tal vez una capilla que bosteza;
o plazoletas sucias que preparan
a los valetudinarios
una broma pesada.

Curas cereminiosos, militares cretinos
pasean lentamente sus ocios y su panza;
y peinan el ambiente
rural las campanadas
del reloj que el abrirse de las rosas
con monorritmo imperceptible marca.

El cuartel y la iglesia muestran su señorío
sobre las amplias casas
florecidas de geranios y rezos,
de gardenias en tiestos
y pájaros en jaulas.

Nada más. El tiempo se ha quedado
fijo en estos pueblucos sin ninguna importancia;
pueblos que se abanican
el calor con las ramas
de los esbeltos cocoteros,
y el vacío de las almas
—vacío municipal y cotidiano—
lo llenan con palabras, palabras y palabras.

EBRIEDAD

Por beberse el domingo, gota a gota,
los campesinos se emborrachan.

El fabricante de licor obtiene
el bienestar, a cambio de las gárgaras
de falsa valentía en que los indios
convierten el jornal de la semana.

Se afilan los machetes
en los que pinta el sol rastros de llamas,
y en una discusión ardiente y bronca
se ensangrienta la vida de los parias.

El señor juez y el doctor opinan
que el jornalero no se salva
de la embriaguez...
(La sombra, de puntillas,
desciende a revolcarse en la hojarasca)

Al regreso al bohío van los mozos
entre un roncar punzante de cigarras,
llenando el viento la alegría química
de sus elementales arrogancias.

Ya el sol no se retrata en sus machetes.
Es la noche quien baja sobre el anca
de los volcanes, en que aún la tarde
con aguda hemocernis se desangra.

ELEGIA EN PIEDRA

A Luis Alberto Sánchez.

Blanco de manta sobre gris de arena,
mide el indio los esteros
con dolor innominado
y con un cansancio eterno:
cansancio que gotea en los manglares
—verdes filtros de cielo .

El indio llora en un silencio fosco
por la hija que ostenta grácil cuerpo
en el que brasas escondidas
alquitaraban el deseo.
Esta mozuela de carne de níspero
fué clavada en los besos
del amo estuprador que en sus caderas
quiso gustar el zumo del potrero.

Cocea al pobre indio la tristeza
de sentirse deshecho
y sin lo imprescindible
para el diario sustento,
mientras los amos—en su blanca mesa—
tienen manjares abundantes: quesos,
leche que huele a campo con rocío,
frutas que saben al olor del viento.

Prueba el indio marcharse
de la finca hasta el pueblo,
y desde allí, con la atarraya al hombro
a beberse la noche en el estero,
mientras se abre la malla sobre el agua
como el polvillo de la flor de ceibo.

Se despereza en los tupidos mangles
la desnudez del viento,
y continúa el indio masticando
la raíz perfumada del recuerdo.

Entre un grupo descalzo de soldados
emprende el viaje de regreso.

El amo le ha pedido, porque debe
muchas jornadas de hambre.
Barro prieto,
barro que sabe a sangre,
barro óseo,
barro cocido,
es su cuerpo.

En la grupa del viento
ya no cabalgará
su voz diluída en versos.

¡Qué nadie toque el caballo!
¡Qué en horizontes de fuego
se derrumbe la tristeza!
¡Qué no ronden las palabras
la joroba de los cerros,
y no se clave en las sombras
el chillido lastimero
con que las lechuzas cortan
los cristales del silencio!

Ya no sentiré el instinto
de este indio jaranero.
¡Indio, indio, indio,
indio Pedro, indio Pedro:
con tu dolor y tu angustia
ve poniendo en cinta el miedo
hasta convertirlo en grito
de inexoruble denuedo...

Indio, indio, indio,
indio Pedro, indio Pedro,
tuya es la tierra que abonas
con la sangre de tu esfuerzo,
y nadie—como tú— tiene
sobre los campos derecho.
Indio, indio, indio,
indio Pedro, indio Pedro!

(De *Piedra India*)

CORTADORES DE CAFE

A don Joaquín García Monge.

Miente rumoroso verde
tierra adentro—obscuro mar,
cuajado en punta de llamas
con calma de eternidad.
Verde que en las hojas limpias
cabecea en claridad
entre los brazos del viento
que juega en el cafetal.

Filtra la angustia sus ocres
y se cuaja el suspirar
en pepitas que la sangre
ha convertido en cristal.
Cristales de la riqueza
que del campo a la ciudad
llega con sabor a vida
abierta de par en par.

En las axilas del indio
revienta en sabor a sal
el dolor con que sus manos
—raíces de tempestad—
en curvas de rama a cesto
despojan el cafetal.

Naufragan de sol a luna
fatigas y acezar
de créditos que encadenan
a racimos de coral.
Racimos en que se esponja
de los amos el holgar,
mientras el café y los indios
dan su emanación igual.

El que una vez te conoce
café de la soledad,
te mira empapado en sangre
de los pobres sin hogar.
Miel diluída en fruto amargo,
fuiste dolor y eres mal
para el barro de los indios
amasado en impiedad.

En el silencio, compacta
la indiada inútil afán,
y los machetes afila
para a los amos cortar
las manos, que fueron garras
que hundían de más en más
en alquitaradas penas
y angustias de eternidad.

Salta la luna señera
del cerro hasta el cafetal,
y entra la noche en el día
como la proa en el mar.
Junto al rumor de las ramas
se pone la muerte a espiar,
y la mano gris del viento
descuelga la tempestad.

TAMBORES DE REBELION

Tendida sobre el viento
la voz de los tambores
se encarama a los cerros.

Tambores de señales
rápidos, roncos, llenos
de la angustia exprimida
por los indios que enhiestos
bajo el hachazo del dolor
han embridado el tiempo.

Tambores que anochecen
en un repique bronco
de miseria y de duelo.
Tambores con que el indio
hace trizas el miedo,
y enhebra el son que embriaga
lo mismo que el fermento
del maíz y la caña,
—los conjuros supremos
para encender el alma
y agilizar los cuerpos—.

Tendida sobre el viento
la voz de los tambores
se encarama a los cerros.

El indio llama al indio
con gritos agoreros
y se lleva la noche
sobre los hombros prietos
Los tambores resuenan
en medio del silencio
perforados de grillos
y luceros.
Los tambores resuenan
y acude el indio presto,
llenas las manos de música,
los ojos llenos de fuego,
bajo las redes del viento
que sujetan los luceros.

En conjura contra el amo
los indios amanecieron,
y se veían sus rostros
—como en pedazos de espejo—
en los machetes que empuñan
con agarrotados dedos.

Se quebraron los tambores
contra el pecho de los cerros,
y mientras la madrugada
se va escapando del fuego
de ocote con que alumbraron
las indiadas el consejo,
la luna es un tambor roto
abandonado en el cielo.

Y el tambor de la luna
tocan las manos del viento,
llamando a la rebelión
a los oprimidos pueblos!

MADRE INDIA

Quebrada la madre india
es toda interrogación,
y le desbordan los ojos
como con un resplandor.
Insuflan de la llanura
vaharadas de calor,
y en el abrazo del día
se le exprime el corazón.

El cielo desnudo agranda
descompasado fervor,
y carnes prietas se han ido
sin acabar la canción;
porque al galopar tambores
del potro del viento en pos
los indios tiran al cielo
brasas de sublevación.

La mamas le han reventado
en la cuerda del temblor;
dos succionados limones
las manos flácidas son.
La casa rondan los pasos
dramáticos del terror,
y el horizonte se traga
de los soldados la voz.

Enero rompe el silencio
y se mete de rondón
—como una espina de cactus—
en la amargura mayor.
Amargura que los campos
en tibia fecundación,
desborda con los cadáveres
en que puntadas de sol
enhebran pasos de sombra
bajo el ala del terror.

Relampaguean los dientes
en trágica insinuación,
y el corcel del asombro
arrastra el triste candor
de madres que tragan gritos,
y con una y otra voz
alivio al minuto lóbrego
reclaman en un clamor.

¡Ay de la madre, la madre
que vaga sin dirección,
y cómo fiera se oculta
y no osa mirar al sol.
Entre los rotos silencios
el aire es solo temblor,
y se hace hieles la tierra
en roja fecundación!

El buitre de la metralla
con garra y pico feroz
ha destrozado a sus hijos
—carne de sublevación—.
Y en el cuenco de las manos
Enero sorbe el horror
de madres que trenza el nudo
del llanto que grana atroz,
bajo tormenta de balas
en campos del Salvador.

RESPONSO (*)

A la memoria de Agustín F. Martí, Ama, *el* Cacique, *los hermanos* Cuenca, *a los muertos anónimos ofrendo.*

Con palabras viejas de siglos,
con ritmos de salvaje novedad,
canto a los veintitres mil,
a su muerte cruelísima,
a sus rostros que deseo grabar
en pétreos monolitos, en el sendero de los montes,
en la cordillera en olas inmóviles de mar.

Canto a su marcha segura y firme,
a sus manos que empuñaron armas en la hora justa,
a la mudez de ansiedad
con que sus rostros alargados
percibieron la muerte,
a su propósito tenaz
de hacer suya la tierra,
a su necesidad
de espacio tan violenta
que hacía fatigoso el respirar,
rompiendo dimensiones
son sustancia de esfuerzos, y vigor esencial.

Acción de gracia se les rinda
en cada hora del tiempo, con un voraz
sentimiento de cumplir el propósito
de tomar
la tierra para los hombres que en el surco
esponjan el vigor en claridad.

Reconozco a menudo a los guerreros
de la revolución en armas... Su caminar
violento aún repercute
en el eco del día musical;
aún oigo
sonar
un relámpago crugiente de tambores,
una lengua de fuego
que huele a sangre y sabe a sal.
De noche, rompe mi piel
y escucho temblar
en mi interior, las voces de los indios
segados por la metralla como por una tempestad.

Insepultos cadáveres para pasto de buitres,
carroñas de los jefes que vieron balancear
de las horcas, en días agitados
los hombres que lanzaron
del campo a la ciudad.
Camaradas cuyas cabezas reposan sobre estiércol,
en desmantelado lar,
hermanos míos sin lágrimas, mujeres que en la boca
sintieron sabor acre de ceniza y de cal,
en el tiempo repercute el gong de muerte
golpeando en torno mío como el mar.

Sabor de sangre... Sangre en esa tenebrosa
proporción del recuerdo, en esa humedad
de la tierra acrecida en aflujo
de angustia torrencial,
¿Qué haremos de esa sangre?
Armas para vengar
a los muertos, verbo
para celebrarlos, viático para la inmensidad.
Sangre ardiente, sangre nutricia,
ni una gota se irá a desperdiciar,
hasta que su peso derribe con la cara en tierra
a la falange que explota a los demás.

A su sombra elevemos una firme columna,
recibamos el soplo del alma secular,
y que acoja la tierra nuestro esfuerzo
—como simiente henchida de ansiedad—
Que acción de gracia se les rinda a toda hora
en dura ley de cotidiano batallar,
y la acción vibre en cada hora del tiempo,
por el cuerpo,
por el alma,
por la eternidad!

(De *Trinchera*).

(*) El 23 de enero de 1932, el Salvador se agitó con un formidable levantamiento campesino. Las tropas del General Max. H. Martínez, ensangrentaron campos y ciudades. Hombres del campo, estudiantes, obreros, fueron masacrados. Su número, según observadores norteamericanos asciende a 23,000. A esas víctimas de una feroz dictadura, van consagrados estos cantos.

Dictadura o democracia

Por el Dr. ANGEL ZUÑIGA HUETE

= *Envío del autor.* Costa Rica y marzo de 1937 =

(3. *Véanse las dos entregas anteriores*).

Consecuencia del carácter militarista del nazismo es el concepto disciplinario y de obediencia llevado a todos los sectores de la nación y del Estado. Todo lo que vive en la jerarquía del país debe moverse en acatamiento a la autoridad del jefe. Es así como el soldado, el juez, el diputado, el sacerdote, etc., deben sujetarse a las inspiraciones y mandatos del Fuhrer, conservador del bienestar colectivo; porque de él y de la omnipotencia del Estado dependen: el progreso colectivo; la supervivencia del pueblo germano y la supremacía de la raza.

Aunque la guerra la perdió Alemania, no por la campaña derrotista del marxismo, sino por el agotamiento de su capacidad de resistencia, porque el esfuerzo nacional había llegado a su límite máximo, la incuplación dirigida a los socialistas fué señuelo fecundo para el crecimiento y constante éxito de la campaña nacional-demócrata. Todos los factores afiliados al régimen económico existente se dieron cita para apuntalar la propaganda y triunfos del nazismo.

La avalancha nacional-demócrata, es sobre todo un movimiento de reacción contra el comunismo. La tesis nazi es totalmente antitética al plan bolchevista derivado de las enseñanzas de Karl Marx, calificadas por Hitler como corruptoras de la vida y del progreso humano. Opone a la transformación económica marxista para socializar la tierra y los instrumentos del trabajo, una teoría conservadora, de estructura fascista, dictatorial y militar, bajo los auspicios del gran capital y con base en el campesinado y en la gran industria.

Contra los comunistas Hitler había vertido estos conceptos: "Necesitamos destruir el marxismo para que el *Nacional-Socialismo* sea el amo de la calle, así ahora como en el porvenir". (Ob. cit., pág. 190). Estas ideas fueron confirmadas en discurso dirigido al Congreso del Frente de Trabajadores, el 10 de Mayo de 1933: "Al declarar yo, hace 14, 15 años y repetir desde entonces a la nación alemana que mi misión ante la historia alemana la veo en la destrucción del marxismo, no he dicho una frase huera, sino un sagrado juramento que pienso cumplir mientras circule una gota de sangre por mis venas." (*La joven Alemania quiere Trabajo y Paz*, pág. 49).

El desequilibrio social de Alemania no lo atribuye Hitler a causas económicas sino a la descomposición creada por el tremedal marxista, del que sólo podrá salir dando el primer pues-

to a una autoridad estatal absoluta y a la supremacía de una cultura racial tudesca. "El hecho, —dice el Fuhrer,—de que la parte inteligente de la colectividad admire el derrumbe, ante todo, como una *catástrofe económica* y se figure que el restablecimiento deberá venir por vía de la economía, constituye una de las razones que han hecho la cura imposible hasta la fecha. Hasta tanto que no se comprenda que la economía política sólo podrá desempeñar en el mundo un papel de segundo y aun de tercer orden, y que primero están los factores éticos y raciales no llegaremos a comprender las razones de la presente angustia ni habrá posibilidad de descubrir los medios y los métodos de remediarla". (Ob. cit., pág. 85).

El nacional-socialismo combate el criterio internacional y universalista de Marx y los revolucionarios rusos; porque dentro del concepto pangermánico nazi, lo que debe prevalecer no es la fraternidad e igualdad de todos los pueblos y razas, sin clases ni estirpes privilegiadas, sino la nación alemana como directora y jefe de la humanidad, organizada en super-Estado privilegiado, por la sangre y el destino providencial.

En sentido contrario, el socialismo científico anhela organizar en federación pacífica de trabajadores a todos los pueblos del orbe. Esta pretensión es odiosa para el germano, porque su individualismo congénito que ya hizo notar Tácito, es egoísmo de raza dentro de la especie humana, y tiende a exaltar la personalidad de cada alemán y a que el Reich prevalezca autónomo sobre los demás naciones. La concepción pantudesca es la de una potencia aristocrática y fuerte rigiendo los estados unidos del universo, siendo Alemania el eje de esa república.

La negación de que los factores económicos constituyen el origen del desequilibrio social, quita importancia a la lucha de clases que el comunismo encuentra dentro del actual arreglo social de base capitalista y de propiedad burguesa. El nazismo no ve esa fuente de miseria universal que acumula de un lado, la minoría de magnates del capital y de la industria, y del otro, la inmensa muchedumbre proletaria formando en las filas de la moderna esclavitud. Hitler repudia la existencia de estamentos sociales en pugna en expresiones como éstas: "El sindicato no debe ser un instrumento para la lucha de clases, sino para la defensa y representación de los trabajadores. El Estado nacional-socialista *no reconoce clases*". (*Mi Lucha*, página 210.)

La lucha de clases ante la opinión nazista no es más que un ardid político para controlar y explotar al proletariado, y niega exactitud al materialismo histórico que da interpretación a la mecánica social, movida o condicionada por resortes económicos. Para el nacional-social-demócrata los fenómenos sociales se determinan por motivos morales o subjetivos, como el heroísmo, el desinterés y la virtud.

Si no hay lucha de clases, desigualdades irritantes ni indiferencias de posesión y disfrute de los beneficios colectivos, dentro del Estado nacional-demócrata, precisa admitir que ofrece las condiciones de vida del mejor de los mundos; pero la realidad responde, negativamente a las excelencias de ese paraíso. La pugna entre el proletariado y el capitalismo universal que hace crisis en los centros industriales, que vive latente en el campesinado y donde quiera que haya desequilibrio en la distribución de los beneficios del trabajo.

El nacional socialismo como grupo totalitario que se basa en un especial concepto orgánico del mando según sus principios, niega razón de existencia a los partidos políticos y se arroga el monopolio de todo movimiento de opinión en favor de los adeptos a sus filas. Este criterio fué expuesto por el Fuhrer en su discurso de 6 de julio de 1933. Estas son sus palabras: "Los partidos políticos han quedado ya definitivamente eliminados. He aquí un acontecimiento histórico de cuya importancia no se dan perfecta cuenta... El partido es ahora el Estado. Todo el poder yace en manos del Ejecutivo. Hay que impedir que el centro de la vida alemana vuelva a emplazarse en sectores aislados". (*La joven Alemania quiere Trabajo y Paz*. Págs. 68 y 69.

Ha sido preocupación del nazismo, al asumir el poder, constituirse en partido único, o mejor dicho, como clase gobernante ya que la idea de partidos o de agrupaciones concurrentes para promover el progreso común no tiene cabida donde sólo hay campo para un gremio que ejerce el monopolio de la política y del gobierno. Para establecer ese control se emitió la ley de 14 de julio de 1933. Por ella se estipula que en Alemania sólo tiene existencia lícita el Partido Nacional Social Obrero Alemán como organismo político y que se castigará con prisión correccional de seis meses a tres años a los que traten de dar vida a nuevas agrupaciones de igual índole o de restablecer los partidos disueltos. Leyes especiales determinaron la confiscación de los bienes pertenecientes a los demás bandos de de opinión.

El predicado de innecesarios en que el nacional-socialismo coloca a los partidos adversos a su credo germanista, o sobre cualquier otro propósito, es consecuencia obligada del criterio de irresponsabilidad en que tiene a los demás gremios políticos. Para los nazis sólo pueden existir hecho y situaciones responsables donde se encuentre un líder fuerte, caracterizado y eficaz a la cabeza del gobierno. El Fuhrer decía en 1924: "No existe en la práctica responsabilidad, ya que ésta sólo puede radicar en un individuo y nunca en un grupo de charlatanes... En contraste con lo anteriormente descrito está la verdadera democracia germánica que comprende la libre elección de su caudillo imbuído de su deber y de asumir toda la responsabilidad y de lo que hace y manda a hacer. He aquí algo que no exige el visto bueno, de la mayoría para cuestiones aisladas, sino sencillamente la decisión de alguien que responda con sus actos y con su vida y con todo lo que se pueda". (*Mi lucha*, Págs 35 y 36).

Hasta el presente, los pueblos que se mantienen a la cabeza de la civilización no son aquellos en que el criterio público se comprime dentro del molde ideológico del partido que gobierna, sino los que permiten mayor amplitud e iniciativa al libre juego de las opiniones políticas. Son los países en que mejor se auspicia la democracia los abanderados de la cultura contemporánea: hay motivos de sobra para considerar que el sistema republicano invadirá cada vez más diltados horizontes. El sistema popular es el gobierno del porvenir.

Distintivo típico del programa nazi lo constituye su hostilidad manifiesta contra los judíos, tanto por defensa de adulteración racial nociva, como por considerar a los israelitas como elementos expoliadores y parásitos, y más que eso por estar catalogados como propagandistas del marxismo.

La agresividad nazi contra los semitas se origina además y por encima de lo antes dicho, en que se aprecia su propaganda comunista como un truco para someter a los países contaminados de esa propaganda a las especulaciones del capital internacional controlado por los israelitas.

Los conceptos que anteceden encuentran justificación en las siguientes declaraciones de Hitler:

"Si el judío conquistara con la ayuda del credo marxista, las naciones de este mundo, su corona sería la guirnalda fúnebre de la raza humana y el planeta volvería a girar en el espacio, despoblado como lo hacía millones de años atrás." (Ob. cit. Pág. 25).

"El judío procede de la manera siguiente... Empleando indecible sagacidad intensifica la demanda de justicia social, latente en todo individuo de raza aria, e imprime a la extirpación de los males sociales un carácter bien definido de importancia universal: *Funda el Marxismo*." (Ob. cit. Pág. 108).

"Las intenciones del pensamiento judío son claras: Consisten en bolcheviquizar a Alemania, vale decir acabar con la inteligencia nacional alemana y uncir las fuerzas del trabajo alemán al yugo de las finanzas internacionales del judaísmo: como condición preliminar indispensable para extender por todas partes el plan judío de conquista universal'. (Ob. cit. Pág. 227).

Las miras universales e internacionalistas del marxismo judío, así como el plan de dominio mundial que se imputa a los semitas, explican la actitud violenta del nazismo, porque pangermanismo y judaísmo creen disputarse una misma presa: el gobierno universal.

El elemento creador alemán choca también con el espíritu usurario y expoliador del israelita, por lo que la pugna germano-semita viene a ser una lucha de liberación contra la usura del capital.

Leyes especiales se han emitido bajo el régimen nacional - demócrata para desplazar al elemento judío como poblador; para separarlo de los cargos públicos de responsabilidad, por medio de una forzada jubilación; y para impedir que ingresen nuevos inmigrantes de esa raza se cierran las puertas a toda posible inmigración. En las universidades se han limitado los ingresos del estudiantado judío-alemán.

El cargo de parasitismo, así como el de incapacidad de los semitas para el ejercicio de las industrias agrícolas, también aparecen expuestos en *El Judío Internacional* de Henry Ford, en forma documentada y vibrante. La

inteligencia de los judíos se apunta a los carteles del crédito y de la industria.

El marxismo como doctrina socialista científica es patrimonio de la humanidad, someida a la especulación y al vaivén de las corrientes ideológicas y populares. No es artículo del monopolio exclusivo del pueblo judío.

La especulación usuraria del gran capital que manejan los semitas, explica, si no justifica, la hostilidad con que los señala el nazismo. En todo caso hay motivos de sobra para que levanten recelos esos 14 millones de israelitas esparcidos por el mundo, y que controlan un gran sector de las finanzas y de la industria mundiales. Los prejuicios de religión y de raza no ameritan contra ellos ninguna agresividad.

El desarrollo de la agricultura y el crecimiento de una población rural cada vez mejor organizada, figura como tema de gran importancia en la agenda nazi. El interés sobre esta materia se dirige en el sentido de obtener el suelo alemán el sustento necesario para sus habitantes, sin tener que acudir al mercado exterior de alimentos. Se esboza este propósito con el establecimiento del mayor número posible de pequeños granjeros, sanos y fuertes por la pureza de la sangre y en condiciones financieras desahogadas, y con amplia cultura agrícola para elevar a su límite máximo la capacidad productora de la tierra.

La realización del plan agrario nazista reclama, el comiso, en favor del Estado, de las tierras comunales, de las que se dejen sin cultivo y la prohibición de especular con ellas en ninguna forma, con el fin de beneficiar por esa la industria agrícola y el campesinado. . . . .

El aspecto agrarista y rural que presenta el partido nacional-demócrata fué definido en un manifiesto fechado en Munich el 6 de marzo de 1930. Es un punto de vista de última factura para interesar a los *junkers*, con toda probabilidad. De ese documento se recogen estas palabras: "El aumento de la producción agrícola de Alemania constituye una cuestión de vida o muerte para el país. La existencia de una clase rural cuya eficiencia crezca a medida que aumente la población es un punto esencial del programa nacional-socialista."

La política agraria nazi tiende, entre sus realizaciones prácticas a impedir la atomización de la pequeña propiedad campesina, estableciendo que el traspaso de las granjas, dentro de cierta medida mínima (500 arepentas prusianas), bien sea por herencia o por otro título, sólo podrá hacerl en favor de una persona singular. Otras medidas, como la prohibición de embargo y subasta, protegen la conservación indivisa de la unidad fundaria.

Las terribles consecuencias de la gran guerra europea hicieron conocer al pueblo alemán las deficiencias de su agricultura. El hambre les estrechó más que los ejércitos enemigos, y esta dolorosa prueba obliga a la generación presente a procurar el desarrollo de una política agraria de máximo rendimiento que pueda sustentar a la nación en tiempos de lucha y de conflictos.

No puede negarse que las miras agrícolas del nacional-socialismo son previsoras y acertadas sobre todo para un país que vive en acecho de guerras de conquista. En los tiempos que hoy se alcanzan, las condiciones de la vida civilizada imponen una recíproca interdependencia a las naciones por lo que respecta a los productos de la tierra y de la industria, sin que esto sea una desventaja, sino un medio de fraternización entre los pueblos. Las aspiraciones de una agricultura integral cuadran bien a una doctrina que, como la pangermánica, aspira al dominio del mundo. . . . . .

La libertad religiosa y de conciencia, con especial protección para las confesiones cristianas, se garantiza por el régimen nazi, si bien en la práctica la religión reformada se encuentra en condiciones de privilegio sobre la ortodoxa. Acaso por este motivo el Vicario General de Maguncia contestaba, en forma negativa, a la pregunta: *¿Puede un católico ser nacional - socialista?* Entre tanto, un capuchino interroga si puede considerarse cristiano a Adolfo Hitler.

Para tranquilizar las inquietudes católicas despertadas al tiempo de asumir el mando el nacional-socialismo, Hitler suscribió el Concordato del Papa, el 10 de julio de 1933, permitiendo el ejercicio del culto apostólico romano y garantizando su enseñanza religiosa de acuerdo con la libertad de cátedra que reconoce el nazismo.

No obstante el concordato, frecuentes fricciones y disputas se presentan entre el Fuhrer y la Corte Pontificia, particularmente por rectricciones impuestas a la enseñanza católica. En estos momentos (Marzo de 1937) la protesta del Vaticano se ha dejado oír por el mundo, en nombre del catolicismo alemán.

Un régimen conservador necesita hermanarse, para el dominio de los espíritus, con las prácticas de un credo oficial. Es por eso que el fascismo ha adoptado la confesión Vaticana, no siendo el problema tan simple de resolver en Alemania por la diversidad de iglesias predominantes; por una parte el catolicismo, y por otra el dogma protestante con su multiplicidad de sectas. Y frente a esa complicación surge a última hora lo que pudiera llamarse el cisma de Ludendorff, por el que se quiere resucitar el paganismo como religión del nazismo. Con toda evidencia, este capítulo no ha sido resuelto definitivamente por el nacional-socialismo. Hay, apenas, un *modus vivendi* en materia religiosa.

(*Concluirá en la entrega próxima*).

Jorge Isaacs y su MARIA

Por *AUGUSTO ARIAS*

= *Colaboración*. Quito, Ecuador, abril de 1937 =

(*y 2. Véase la entrega anterior*).

EL AUTOR

Jorge Isaacs nació en Cali el primero de abril de 1837, y sus años de adolescencia decurrieron en una hacienda del Valle del Cauca. Herencias disímiles habían de determinar su temperamento, cuajándose en la obra colombiana, en el poema de fantasía oriental, en el descriptivismo vagaroso y vivo a la vez, en la sensibilidad vehemente y el raro atisbo de los pasos del augurio. Su padre, un judío inglés que se estableció en Colombia para trabajar en las minas de oro del Chocó, es el mismo que se perfila en el personaje del padre de Efraín, disciplinado y severo, laborioso a prueba y dueño de un carácter emprendedor. Su madre, doña Manuela Ferrer, es vallecaucana, de procedencia andaluza. Isaacs estudió en Bogotá y la ciudad santafereña escuchó y aplaudió sus rimas del comienzo. Para entonces estaba ya casado con la caleña doña Feliza González y no había comenzado a escribir su libro perdurable, aún cuando él estuviese ya en el esbozo de las experiencias y las impresiones que aguardan el instante mejor para cobrar la forma que las retenga y las expanda. Coincidencialmente con la manifestación americana del romanticismo, habíase iniciado en Colombia una tendencia realista de morigerado tono, perediana quizá y buscadora, por eso, de la ruta costumbrista, del sabor de la tierra y del rostro de lo típico. Tratábase de moderar el acento romántico sujetándolo a una verdad más próxima y aquí residió, sin duda, la fortaleza inicial del americanismo que puede contar en el Ecuador con escritores de tantas virtudes como don Juan León Metra. Los "costumbristas" colombianos celebraban reuniones literarias a una de las cuales fué presentado Jorge Isaacs por Vergara y Vergara. Llamábanse "los mosaicos" y disponían de una revista, casi ignorada entre nosotros, que se denominó asimismo, *El Mosaico*. Isaacs, vacilante al comienzo, debió revelar algo de su cosecha mental y para entonces sólo podía ofrecer la lectura de sus versos. Eran estrofas de una nueva voz, cuadros camperos, acuarelas de la selva, romances terruñales, evocaciones caucanas, brochazos de la naturaleza, más subjetivos que narrativos, pero incautados, con una gracia natural, de los motivos del valle abierto y de la floresta intrincada, rampante hacia la montaña. Los Mosaicos, de la desconfiada frialdad con la que casi siempre se recibe al escritor novel, habían pasado al reposo de la atención y en breve al gesto aprobatorio. E Isaacs quedó desde entonces consagrado por los elogios de Pombo, de Moro, de Fallon, de Marroquín. Tal es el entusiasmo que despierta el joven poeta entre los contertulios de *El Mosaico*, que se dispone la publicación de su tomo de versos, con un prólogo anunciador que todos los costumbristas se disponen a suscribir. Así sube al Parnaso el cantor caleño y sus versos, expresivos de la Naturaleza que todos habían sentido, sin acertar a reproducirla en la palabra, son repetidos como lo que no se agota y se musican luego, para ser modulados después junto al bordoneo, como aquellos de *Las Hadas*, promesa juvenil de la duración del poeta y que han sido escuchados por Cornelio Hispano en labios campesinos, cuando en 1932, pasando unos días en La Selva, cerca de El Paraíso, escribió una breve oración lírica en recuerdo del autor de *María*, enviándosela para el *Repertorio Americano*, de nuestro García Monge.

A poco vemos a Isaacs en las luchas civiles de Colombia, en actitud de guerrillero. Es frecuente el caso del literato empeñado en la jornada política y casi no hay excepción, en la época a la cual nos referimos, del muchacho que suele cambiar la rima de amor por el fusil o del adolescente de prestancia que se muestra enardecido para terciar en el debate

público. Y ocurrió que llegaron al poder los amigos de Isaacs y le distinguieron, entonces, con el nombramiento de director del camino de Cali a Buenaventura. En tal época comienzan a florecer los capítulos de *María*, resumen de la savia sentimental que sus episodios de juventud habían acendrado y de su larga intimación con el paisaje conocido y revisto. Se ha referido que aquel romance de amor fué escrito cerca del río Dagua, en la tienda de un negro, a ratos perdidos, con la pluma sucesivamente breve y lenta. Ese es el libro definitivo para el nombre del poeta, ahora centenario. Se publicó en 1867, al cumplirse los treinta años de su autor y captándose de inmediato la voluntad de los colombianos, se dió a correr las tierras en una suscitación ininterrumpida de admiraciones. Llegó a España para reclamar la edición miniada y el lápiz del dibujante se afanó por reconstruir la figura de la heroína. Los poetas versificaron varios de los episodios de la novela y en los finales del novecientos y en los comienzos de nuestro siglo, apenas hubo velador romántico que dejase sin abrir ese libro, bajo la parpadeante luz de la bujía, para buscar el sueño o el desvelo entre las hojas del enternecedor romance.

———

Hasta muy cerca de su muerte, ocurrida en Ibagué en 1895, Jorge Isaacs escribió versos, un ensayo dramático, poemas extensos y otras obras como *Saulo y Camilo*. No era un ingenio puramente academista, aun cuando debiendo considerársele entre los románticos, su pluma pulquérrima recuerda en no pocas veces la tajadura de lo clásicos. De sus lecturas y sus preferencias librescas hay momentáneas reminiscencias en aquella especie de escrutinio, no crítico como lo tradicional del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, que Carlos, el amigo de Efraín, hace de su biblioteca: La Biblia, Don Quijote, el esteta Blair, Chateaubriand, el teatro español, especialmente Calderón, Shakespeare.... Pero lo esencial de su cultura, como lo anota Jorge Noel Rodríguez, hubo de aprovechar en el conocimiento de los viejos autores ingleses y castellanos que abundaban en la librería de su padre.

¿QUIEN FUE MARIA?

En torno de la existencia de María se han entablado muchas discusiones y conjeturas y el mutismo del poeta en cuanto se le interrogaba acerca de la heroína de su novela, debió ser acicate mayor para que se persiguiera su identificación. Quienes sostienen la verdad del relato, han exhumado las cartas íntimas de Isaacs, aprovechándose de datos muy reveladores como los que corresponden a una misiva que dirigiera el poeta al pintor de Buga, Alejandro Dorronsoro, a propósito de un retrato de María. En ella expresa Isaacs su juicio del cuadro: "La obra de usted habría sido perfecta, según mi humilde dictamen, si la nariz, que es de tipo español, hubiese sido recta, pero dulce si me permite usted la expresión. y judía, no recargada en la extremidad y si como inefable, aunque casta a impulso de ciertas emociones; la mano más visible, es también menos pequeña que debiera ser; la base del rostro pudo dejarse menos carnuda. Y lo demás... sobre todo los ojos, esa frente, esos cabellos, y la forma en que alineados están y la garganta purísima, y los labios ligeramente imperativos que parecen van a sonreír ya, y el seno purísimo, tan bellamente cubierto por esa tela blanca y transparente, y el conjunto de todo: es ella o casi ella, y esa es la gloria de usted y el motivo de mi admiración. La Virgen de la Silla de Rafael, modificada un poquito la nariz del modo que he dicho, puede servirle de modelo para esa facción y perdóneme la insistencia en ese punto: ¿se ha fijado usted en un retrato mío?, esa es la forma de la nariz en nuestra familia: mas, debe ser idealizada para aquel rostro de hermosura sobrehumana". ....

Por otra parte, de una declaración del poeta acerca de su novia, se ha deducido que el personaje de la novela, no pudo ser otro que su prima. ....

Contrariamente a estas afirmaciones, hay que citar las de los que piensan con Max Grillo, a quien pertenecen las siguientes líneas: "Al rededor de María se ha formado una leyenda... Se ha creído hallar en la virgen caucana el trasunto fiel de la mujer amada por el poeta. En realidad María existió en el corazón de Efraín; la amó desde lejos; acarició su hermosura a través de retratos y conoció su alma por cartas de familia, pero nunca se estrecharon sus manos ni sus labios se juntaron en un casto beso. Cuando María, deshecho su hogar en Kingston por la muerte de su madre, debía venir al valle del Cauca a residir al lado de su tío, la fatalidad de un golpe estulto derribó el palacio de las fantasías de Efraín, y la ruina de los negocios del padre de Jorge impidió que la doncella jamaicana, prima del poeta, realizase su viaje al Cauca". ....

Una de las teorías literarias y biológicas más fácilmente averiguadas es la de que hay extenso valor autobiográfico en las obras de arte, novela o poema, drama o leyenda. Pero la misma naturaleza del arte, especialmente si pensamos en el romántico, supone una idealización de los asuntos y de las figuras. Por tal, en la novela de Jorge Isaacs, continuaremos creyendo en María, ya fuese su prima entrañable o ya confluyesen en el personaje ideal los rasgos soñados y las experiencias sentidas y lo que el poeta hubiera querido de perfección y fidelidad para su amada del espíritu. ¿Fué María la doncella de Kingston vista por él en fotografías? ¿Pudo en realidad, acariciar sus "hombros de porcelana sonrosada" y entretejer con ella el diálogo amoroso de las ondinas? ¿Se la arrebató la muerte o una diversa fortuna torció el camino que se complacía en labrar para ella con toda la floresta del valle? ¿Pudo ser la esposa de otro o la dama bogotana que, recluyéndose en un retiro monjil, vino a morir, como ha referido una leyenda, en nuestro frígido Machachi? ....

Pero María, vitalizada en el libro, es y será la de Isaacs y el lector de mañana ha de verla siempre en su romántico avanzar, con un clavel rojo entre los labios, efímera y durable. ....

DESPUES

¿Estará envejecido el libro del poeta cuyo centenario abrillanta la tarde abrileña de este recordatorio? La pregunta inane ha de quebrarse de seguro, pues que ya sabemos del destino secular por el cual se han salvado las obras humanas, para ofrecerse en otros tiempos, vivas como en el primer día.

Habría que leer, en justificación de su perennidad, el testimonio de aquel sapiente viejo juvenil que se llamó don Miguel de Unamuno, en el párrafo de una carta dirigida a Cornelio Hispano: "Teniendo ya 59 años—dice el entonces exilado de Hendaya—, leí por primera vez a *María* de Isaacs, en un ejemplar que mi hijo había regalado a su María cuando eran novios. Si la hubiera leído a mis quince años, no me habría calado tan hondo. En rigor yo no he tenido mocedad, sino niñez. Voy pasando de mi primera ancianidad a mi segunda infancia. Y así siento la eternidad del amor. Eternidad no como envolvente de pasado, presente y porvenir, sino como siempre presente abismático. Y ahora un desahogo lírico: amor viejo no envejece—siempre niño, sobre edad —nació entero, así aparece—su vida es eternidad—. Es ciego, mas su ceguera—ve en tinieblas, más allá—y sin deslumbrarse espera—que el alba le llevará. —Amor viejo es niño eterno— flor de flores, lealtad,—no se agosta, que es de invierno —diciembre, natividad—. Y sigo ahora. Es que a mi amor, niño viejo, no le sopló la muerte, muerte de un sueño encarnado; no me trajo la juventud, como a Isaacs, que escribía su poema cuando yo nacía en 1864. Es decir, sigo naciendo. Y nací también, como otras veces, cuando en casa de mi María, la de mi hijo, leí esa que usted llama "Biblia de los quince años". La sorbí como Efraín el agua fresca y clara de las manos de María".

Artistas colombianos pretendieron una vez llevar la novela a la movilidad cinematográfica, habiéndose perdido su valor introspectivo y la viveza del paisaje y para entonces alguno quiso reparar en su vida de pretérito y en el anacronismo que toda evocación representa en nuestro siglo vertiginoso. Pero aun cuando escribamos para el futuro, hemos de sospechar que en un mañana más tardío nuestras páginas tendrán, por fuerza, la resonancia evocadora, digna de la reviviscencia, sólo si ellas supieron cumplir con su dictado humano. Y la frase dariana, "¿quién que es no es romántico"?, dirá de lo que estos libros sentimentales tienen de afín con el alma colectiva.

¿Será verdad que ya no es posible abrir el libro de Isaacs, por cuanto la mayor parte de los hombres de ahora están aprendiendo a defenderse, en la dispersión o en la misantropía, de la enemiga sonriente a quien ya no se le puede llamar con la frase del poeta: "¡María, María! Cuánto te amé, cuanto te amara!"? Quede temblando la sustentación insolutiva aún cuando el tema de alguna novela futurista, nos diga de un idilio en sacudimiento de shimy, de una luna de miel en avión y de un divorcio firmado apenas la pareja abandonó el monoplano, parabolizador de un vértigo en los espacios y raudo, luego, en la caída de la hoja seca. Puede que así sea. Pero María se queda coronada de azucenas.

Cuento español

En un rebato de moros se ofrecieron gran número de frailes a armarse y salir al rebato en Zaragoza. Tratóse en el cabildo o Consejo de guerra, que se juntó para este caso, si convendría consentir que saliese esta compañía de religiosos, y fué el voto de don Martín de Lanuza:

—Soy del parecer que salgan y aventuramos a ganar de cualquier manera que suceda; porque o los frailes nos librarán de los moros, o los moros nos librarán de los frailes.

(Lo cuenta don *Juan de Arguijo*).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE. $ 3.50
EL AÑO, $ 6 00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE NUEVA YORK

La conciencia internacional

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá, abril de 1397. =

Estas dos palabras suenan hoy en boca de periodistas cínicos y de aprendices mal aconsejados de ciencias morales y políticas como una frase vacía de sentido. Los primeros le añaden un ligero matiz de sarcasmo. Pero con todo el descrédito que sobre ellas ha caído y a pesar de la fácil ironía con que los bárbaros suelen pasar sobre ellas, una conciencia internacional existe y ha existido desde que surgió en los destinos del mundo el concepto de nacionalidad. Woodrow Wilson no fué el primero en acariciar la idea de fundar una sociedad de todas las naciones. Hacía un siglo que Bolívar había lanzado con la voluntad de ponerlo en práctica el proyecto de una liga anfictiónica americana. Estadistas americanos del norte y del sur aplicaron su inteligencia al desarrollo de ese pensamiento y las duras experiencias de la vida política internacional en los últimos años del siglo fenecido provocaron la convocación de congresos y conferencias destinados a buscar una fórmula con la cual pudieran hacerse efectivas las aspiraciones de la "conciencia internacional". El bárbaro sistema de librar a la fuerza la solución de las diferencisa o querellas entre los Esados afligía a los estadistas cristianos de conciencia recta y pugnaba en forma odiosa con las bases mismas de la vida civilizada.

Woodrow Wilson, ejemplar humano de candidez y buena fé, llegó a suponer en un momento de elación filosófica que Europa estaba ya madura para cumplir sus destinos de acuerdo con la aspiración de sus moralistas y poetas. No digamos que su generosa visión de los tiempos se haya desvanecido, ni aceptemos que haya encallado ya dolorosamente la situación creada por él para conducir a la práctica un pensamiento de muchas generaciones y de nobles espíritus.

Algunos Estados, que no pueblos, se niegan a colaborar con las demás naciones del mundo en el empeño de crear la paz universal sometiendo la fuerza a los postulados de aquella "conciencia universal", y en vez de colaborar en la fundación de la paz otean el horizonte para alimentar donde surjan las llamaradas primeras de la guerra, y en la preservación de ese anticristiano sentimiento de destrucción pretenden no sólo estar airadamente aislados en el mundo, sino también colocados en posición superior para que nadie estudie sus actos ni someta sus voluntariosas doctrinas a la crítica moral y jurídica de los hombres libres en el resto del mundo, ya que entre las fronteras de aquellos Estados todo análisis y toda censura se reprimen con violencia.

Hay una "conciencia internacional" que se manifiesta diariamente en la prensa de los países organizados conforme al derecho aceptado por todos los pueblos cultos. Existe una "conciencia internacional" resultado de la unidad del espíritu humano. La historia de los pueblos, la tradición, la leyenda, la índole de las lenguas armonizan sus datos e invenciones para mostrar aun a las inteligencias promediales la verdad que encierra el sentido de la unidad de la especie y la necesidad de creer en su existencia para hacer tolerable la vida y posible el curso ideal del progreso.

La evolución natural del significado de las palabras en lenguas aparentemente tan remotas una de otra como el español y el alemán enseña cómo el espíritu humano sigue en todas las razas iguales caminos de lógica complejidad para mejorar los signos de que se valen en la expresión del pensamiento. Aislarse, por tanto, como Estado, como raza es hoy un desconocimiento de las leyes a que obedece la humanidad en busca de sus mejores destinos y del bienestar del individuo. Antes de ahora fué posible aislarse. Aisladas vivieron durante siglos naciones de cultura propia antes de recibir las influencias del espíritu moderno. Ya no es posible explotar las ventajas que ofrecen la civilización y la técnica para comerciar en lo material con otros pueblos. desconociendo al propio tiempo las máximas y convenciones establecidas como régimen de la comunidad entre naciones. El mundo no es solamente una masa de hombres sino un conjunto de ideas principalmente morales. Si éstas desaparecieran dejaría de existir no solamente la civilización sino la especie humana. Tal es el peligro que desafían o cortejan complacientemente ciertos pueblos de Europa. Cada infracción violenta de las leyes de justicia y moralidad, base de vida civilizada, los acercan más a la escollera que hierve en el horizonte.

Contra semejante acceso de irracionalidad la misma civilización ofrece el correctivo eficaz de la difusión. El telégrafo, la radioactividad, la navegación aérea, el diario y el libro tienden a unificar el pensamiento de los hombres. No hay hechos de importancia que puedan permanecer ocultos por largo tiempo, y al escritor independiente y libre de prejuicios no se le puede señalar la hora oportuna para denunciar el mal o vituperar honradamente lo que pugna con su conciencia y con los principios de la vida civil, aunque el de abominación haya pasado en Golconda o entre los esquimales, y aunque sea presente, pasado o simplemente amenaza de posible ejecución.

Quienes hoy desconocen la realidad de una conciencia internacional, explotan la antinomia existente entre las leyes morales y las físicas. Si viéramos de repente, dice el filósofo ruso Chestow, que una gran roca se desprende del suelo y vuela por los aires, surgiría entre los espectadores del fenómeno una confusión inconciliable con la existencia de las teorías sobre la gravedad. Cuando se comete una injusticia palpable, como la aplicación de la pena de muerte a un inocente, el hecho se comenta acaso con vivacidad literaria; pero a nadie se le ocurre que se haya trastornado el orden de la naturaleza como en el caso de la piedra que por su propia virtud se eleva en el espacio. Sin embargo, el trastorno existe y la repetición continua, voluntaria o casual de la acción inicua, mina la base social y acaba por desquiciarla.

Kessel o la...

(*Viene de la pág.* 264).

quedar, sin duda, impresionados por un choque tan grande como el espectáculo de la muerte de Stream; pero esas impresiones son en ellos pasajeras, porque cuando el carácter se ha apoderado de toda la espiritualidad — incluso del amor—y ha vivido muchos años, casi la mitad de la vida, como dueño y señor de un hombre, sería sobrehumano que abandonase su presa.

Sin duda el espectáculo de la muerte ajena—muchos ejemplos de la guerra de 1914 lo prueban—, es, por lo general, más impresionante y perturbador que el de la propia. El hombre puede resignarse a morir y llegar al último momento con serenidad y valentía: también de esto sabemos muchos casos; pero no siempre puede soportar el sufrimiento y el terror de los últimos instantes de otro hombre .Es esta la única compensación, tal vez, de la facultad puramente humana, que ningún otro ser de la tierra posee: la de gozarse en el derramamiento de sangre y en el martirio de los otros hombres y de los animales. Quienes llegan a esa compensación pueden considerarse como privilegiados.

Kessel ha querido que su Marcos lo fuese y no debemos extrañarnos de que sea así, puesto que, como ya dije antes, Kessel va siempre, como atraído por un magnetismo espiritual que conjuga bien con su condición propia, al florecimiento de la sensibilidad bondadosa en sus personajes. Además de no extrañarnos, debemos agradecérselos, más que como lectores, como hombres. Hay tantos de éstos incapaces de reaccionar cara a la muerte ajena, por dramática e injusta que sea, que acogemos con afán el ejemplo de Marcos y el engrandecimiento épico de la humilde Micaela, cuya figurita resplandece, en los momentos mismos en que va a desaparecer de la vida, merced a la consoladora protección de una bondad que no lleva dentro de sí, esta vez, ni el menor poso de egoísmo.

Si pudiéramos estar seguros de que, en el porvenir, la civilización llegase a convertir de igual modo a todos los Marcos, valdría la pena de que pusiésemos en ella una fe que, con fundados motivos, está a punto de faltarnos a todos.

Imprenta Borrasé Hermanos. — San José, Costa Rica